

CINCO MEDITACIONES SOBRE LA LUZ: DE PÉSAJ A SHAVUOT

Pr. Joaquín Yebra.

Primavera de 2014.

**COMUNIDAD
CRISTIANA EBEN-EZER
DE VALLECAS-VILLA**



INDICE:

EN TU LUZ VEREMOS LA LUZ.....	4
INTRODUCCIÓN:	5
CONCLUSIÓN:	8
LUZ Y ACEITE PARA NUESTROS PIES.....	9
INTRODUCCIÓN:	10
CONCLUSIÓN:	21
“DE PÉSAJ A SHAVUOT, EL CAMINO DE LA LUZ Y DE LA FE”	23
INTRODUCCIÓN:	24
CONCLUSIÓN:	29
DIOS EN LA OSCURIDAD Y EN LA LUZ	30
INTRODUCCIÓN:	31
EL SIGNIFICADO DEL “MISHKÁN”	35
ALGUNAS PREGUNTAS QUE NOS HEMOS DE HACER:	36
EL VERDADERO SANTUARIO ESTÁ EN LOS CIELOS.....	40
JESUCRISTO ES EL SUMO SACERDOTE ETERNO QUE NOS CONVENÍA.	43
CONCLUSIÓN:	46
PÉSAJ, FIESTA DE LIBERTAD	47
INTRODUCCIÓN:	48
EL SENTIDO DE LAS FIESTAS DE DIOS PARA ISRAEL.	49
EL INICIO DE <i>PÉSAJ</i> , LA PASCUA, FIESTA DE NUESTRA LIBERACIÓN.	50
JESÚS CELEBRÓ <i>PÉSAJ</i> , LA PASCUA.....	52
CONCLUSIÓN:	54

Este pequeño libro está basado en las conferencias dadas durante varios años en los Retiros de la Iglesia Evangélica “Monte Moria”, de Madrid, que pastorea nuestro amado hermano *Shai Shemer*.

En esas charlas, a las que concurrieron hermanos y hermanas de iglesias de diversas denominaciones cristinas y de varios lugares de España, el tema tratado fue el recorrido *de la oscuridad a la Luz* que representa el viaje de la Pascua a Pentecostés, buscando las raíces hebreas, más allá de la liturgia extendida a partir de la romanización de la Iglesia de Jesucristo, en su distanciamiento de las fuentes originales hebreas.

Haciendo un ejercicio un poco malabar, si se trasladaran los actos de la Creación a un plano panorámico podríamos descubrir muchos paralelos que ahora nos pasan necesariamente inadvertidos.

De ahí se desprende que los místicos antiguos de Israel enseñaran que si volcamos hacia el lado derecho la Creación del primero y cuarto día; al lado izquierdo la Creación del segundo y cuarto día; y hacia el centro la Creación de los días tercero y sexto, entonces podríamos ver a la derecha el lado de la luz, a la izquierda el lado del agua, y al centro el lado de la vida.

En su reflexión mística llegaron a la conclusión de que a derecha e izquierda surgen dos Creaciones respectivamente, y al centro cuatro actos creativos.

También podríamos ver que el segundo trío de días no es otra cosa que una proyección elaborada del primer trío.

La luz y la oscuridad evolucionan hacia el día y la noche. Las aguas separadas por encima y por debajo del firmamento reciben vida por encima y dentro del agua. En la columna del centro aparecen en primer lugar las condiciones biológicas para la vida, y luego los seres vivos, formando el agua y la tierra las condiciones para la vida vegetal, para los animales y para las bestias feroces, y también las condiciones para la vida humana.

Así podemos ver con claridad que en el primer relato de la Creación existe un determinado sistema. Por eso es que algunos nos inclinamos a pensar que semejante relato pueda querer expresar más que la mera enumeración de unos acontecimiento dentro del orden creacional.

Hemos visto dos ciclos de tres días. Con el tercero de los días finaliza cada uno de los dos ciclos, y ante cada acto de la Creación la Sagrada Escritura manifiesta que “*Dios dijo*”. Esta fórmula aparece cuatro veces en cada uno de los ciclos, de modo que a cada ciclo de tres días corresponden cuatro actos de la Creación.

Los sabios antiguos de Israel dijeron que al citar a los tres patriarcas –Abraham, Isaac y Jacob– se denota dualidad refiriéndose a Jacob, hermano mellizo de Esaú, y que además Jacob tenga dos nombres, el de Jacob y el de Israel. También posee dos esposas, Raquel y Lea, con lo que estas dos mujeres forman igualmente una dualidad, por cuanto cada una de ellas tiene a su vez una sirvienta: Bilha, de Raquel; y Zilpa, de Lea. (Génesis 29 y 30).

Es realmente significativo que se hable tanto de “*luz, fuego y calor*” en los relatos bíblicos sobre el primer patriarca, Abraham.

Génesis 15:9-18: “Y sucedió que puesto el sol, y ya oscurecido, se veía un horno humeando, y una antorcha de fuego que pasaba por entre los animales divididos.”

Recordemos que la voz hebrea “*brit*” que traducimos por “*pacto*” o “*alianza*” significa literalmente “*cortar en dos mitades y pasar por en medio.*”

Abraham recibe la visita de tres ángeles (*mensajeros*) a pleno calor del día, haciendo presencia del Señor:

Génesis 18:1-3: “Después le apareció YHWH en el encinar de Mamre, estando él sentado a la puerta de su tienda en el calor del día. Y alzó sus ojos y miró, y he aquí tres varones que

estaban junto a él; y cuando los vio, salió corriendo de la puerta de su tienda a recibirlos, y se postró en tierra, y dijo: Señor, si ahora he hallado gracia en tus ojos, te ruego que no pases de tu siervo.”

Sorprendentemente, ante la triple manifestación divina Abraham se dirige llamándolos “Señor” y dirigiéndose a ellos en singular.

Abraham es también testigo de la destrucción de Sodoma cuando el Señor hizo llover “fuego” e hizo salir “humo de la tierra como si fuera un horno.”

Génesis 19:24-28: “Entonces YHVH hizo llover sobre Sodoma y sobre Gomorra azufre y fuego de parte de YHVH desde los cielos; y destruyó las ciudades, y toda aquella llanura, con todos los moradores de aquellas ciudades, y el fruto de la tierra. Entonces la mujer de Lot miró atrás, a espaldas de él, y se volvió estatua de sal. Y subió Abraham por la mañana al lugar donde había estado delante de YHVH. Y miró hacia Sodoma y Gomorra, y hacia toda la tierra de aquella llanura miró; y he aquí que el humo subía de la tierra como el humo de un horno.”

Efectivamente, cuando se trata del patriarca Abraham siempre se da un fuerte acento en *la luz, el calor y el fuego*, donde podemos hallar cierta coherencia con el primero y el cuarto día de la Creación, es decir, con el lado de la Luz.

Sobre Isaac son mucho más breves los relatos que hallamos en las Sagradas Escrituras. Vemos su pelea con Abimelec, sobre las fuentes de agua, en Génesis 26. También cuando Isaac encuentra por primera vez a su futura esposa, Rebeca, se halla igualmente cerca de una fuente (Génesis 24).

El tercero de los patriarcas, Jacob, desarrolla una gran actividad, pero no como fuego ni como agua, sino con los elementos de los días tercero y sexto de la Creación: con vegetales, animales y hombres.

Jacob se reconcilia con su hermano Esaú regalándole un rebaño (Génesis 32). Paralelamente, notamos como los tres patriarcas en su conjunto tienen cuatro mujeres: Sara, Rebeca, Raquel y Lea.

Recordemos también que desde tiempos muy remotos el cielo visible fue dividido en *doce constelaciones*, que nosotros conocemos como *signos del zodiaco*. Después de *Aries* y *Tauro*, como primero y segundo signo zodiacal, sigue *Géminis* (los “Mellizos”), que es el tercero de los signos. Semejante nombre hace referencia a la dualidad del tercer día de la Creación, así como también al tercero de los patriarcas, a Jacob, que es mellizo.

Por otra parte, el primer día de la Creación, que en el hebreo original de la Sagrada Escritura no es “primero” (*‘rishón*), sino “uno”, “*ejad*”, su referencia es a la Luz, como también el primero de los patriarcas, Abraham, y al propio Verbo de Dios, quien es Luz del mundo.

El siguiente día está relacionado con el agua, como el segundo de los patriarcas, Isaac, y con la Luna, que gobierna las aguas, el flujo y el reflujó de las mareas.

EN TU LUZ VEREMOS LA LUZ

Salmo 36:7-9: “¡Cuán preciosa, oh Dios, es tu misericordia! Por eso los hijos de los hombres se amparan bajo la sombra de tus alas. Serán completamente saciados de la grosura de tu casa, y tú los abregarás del torrente de tus delicias. Porque contigo está el manantial de la vida; en tu luz veremos la luz.”

Introducción:

La Luz se disipa toda la ilusión, aleja toda sombra y siempre surge la verdad.

La Luz todo lo inunda, hasta el lugar más recóndito, y todo lo revela.

El hombre debe saber revelar la Luz, pero también le es imprescindible poseer la fuerza para alejarse de la oscuridad, por cuanto la oscuridad sólo es el ocultamiento de la Luz.

No hay oscuridad ni sombra alguna que no retroceda ante la llegada de la Luz.

La Luz es la principal metáfora bíblica para describir la presencia de Dios, para la inspiración y la esperanza.

Pero más allá de la simple metáfora, la Luz del Señor alcanza el ámbito de la realidad misma.

Recordemos que después del primer juicio de Dios revelado en las Sagradas Escrituras, cuando la tierra llegó a estar desordenada y vacía, las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, hasta que el Espíritu de Dios comenzó a moverse sobre la faz de las aguas que cubrían la tierra.

La oscuridad sólo puede ser removida por la acción del Santo Espíritu de Dios.

Por eso es que en las Sagradas Escrituras las tinieblas son algo más que lo meramente físico.

Las tinieblas significan la muerte y todos sus signos y símbolos.

Las tinieblas significan el sufrimiento, la confusión, la miseria, la destrucción y toda especie de maldad.

La Luz es lo opuesto a las tinieblas, y en la Luz están presentes todos los elementos de bendición, el primero de los cuales es la propia vida.

De ahí se desprende que al acto del nacimiento se le denomine "*dar a luz*".

Pero en la Luz también están presentes el amor, el gozo, y un nuevo día con toda su fuerza abundante e incontable.

Por eso es que el Apóstol Pablo, escribiendo a los cristianos de Corinto, les asegura que la misma Luz con que el Creador disipó las tinieblas en los albores del mundo, es el que ha despejado las tinieblas del corazón de todo hombre y mujer que se abre a Jesucristo:

2ª Corintios 4:6: "Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo."

Toda Luz verdadera en este mundo proviene de Dios, y toda oscuridad tiene su fuente en el enemigo de nuestras almas.

Las grandes naciones alardean de sus avances en sus horizontes científicos, tecnológicos y macroeconómicos, mientras tres cuartas partes de la población de esta tierra sufren hambrunas provocadas por el desarrollo del llamado primer mundo.

Incluso en este mundo de "*primera división A*", se hacen sentir los efectos del desempleo y las reducciones y recortes en aras de la supuesta eficacia de un sistema que se ha desplomado ya en varias ocasiones, por cuanto está basado en el afán por el lucro y la dominación.

No hay supervivencia posible para este mundo fuera de la solidaridad.

Y por su falta de solidaridad, este mundo nuestro está agonizando.

La Iglesia tiene la tendencia a centrarse en los diminutos horizontes egocéntricos de la estrecha experiencia individual, e ignora el horizonte ancho donde la perversión, la injusticia y la violencia son el pan nuestro de cada día.

Parece como si la extensión de las tinieblas se produjera sin hallar ningún obstáculo a su paso, mientras el cristianismo organizado, institucionalizado y canonizado se enreda en sus pequeñas minucias domésticas, cuando no en sus deleznales miserias.

Mientras tanto, los gobiernos se hunden cada día más en las tinieblas del mundo, se oscurece la conciencia y se opacan las instituciones presididas por los hombres y mujeres hambrientos y sedientos de poder.

Los filósofos y pensadores entran en la profundidad del mar de la confusión y la sociedad en general no sabe dónde está la Luz.

La Iglesia no tiene más remedio que seguir el mismo camino del mundo cuando falta revelación, cuando no hay profecía, cuando escasea la Luz.

Si queremos recuperar el sentido, el curso establecido por Dios nuestro Señor, el tiempo perdido y la voz del Cielo, necesitamos primeramente considerar la absoluta necesidad de la Luz.

Nada, absolutamente nada, puede ocupar su lugar, por cuanto sin ella todo, absolutamente todo, es tiniebla y sólo tiniebla.

Nada puede sustituirla...

Sólo la Luz puede darnos vida...

Recordemos que por eso el acto de "*parir*" lo denominamos "*dar a luz*".

Sólo la Luz puede mostrarnos el camino...

Sólo la Luz puede mantenernos alejados del destructor y de todas sus artimañas, cuya sofisticación va en aumento en el curso de la historia de los hombres.

Pero la Luz ha de ser valorada, apreciada, anhelada y buscada:

Por eso el Salmista, que sabe que la verdadera Luz es la misericordia divina, exclama:

Salmo 36:9: "¡Cuán preciosa, oh Dios, es tu misericordia!"

Cuando valoramos y apreciamos la Luz, podemos clamar a Dios que la envíe para que ilumine nuestro interior.

Entonces podemos pedir al Eterno esa *Luz-Misericordia* que inunde cada uno de nuestros pensamientos, cada uno de los principios de nuestro carácter y cada motivación de nuestra conducta.

Necesitamos anhelar esa Luz que cambiará nuestra cosmovisión y nuestra experiencia vital, del mismo modo que la Creación fue transformada paso a paso después de que el Dios Eterno dijera: "*¡Sea la Luz!*"

Sólo entonces retrocedieron el caos y la oscuridad, avergonzados.

Urge seamos conscientes de la diferencia que se produce en una vida, en un pueblo, en una nación, y en el mundo entero, cuando desde la inmensidad de la eternidad se deja oír la voz de Dios, que es Luz.

Esa voz es la *Palabra-Luz* que transforma todas las regiones de esclavitud y de muerte, y despeja todas las sombras y tinieblas del mundo.

La Luz crea un espacio en el que son removidas todas las barreras para que los hombres y mujeres podamos caminar en libertad y alcanzar los más lejanos horizontes.

Al igual que la *estatalización* tiene la tendencia a crecer y desarrollarse, hasta generar las dictaduras y despotismos que acaban con todas las libertades, así también la *eclésiastización* tiende a encerrar al espíritu del creyente entre los muros de los templos.

De esa manera tan sutil, la religión organizada se convierte en el principal obstáculo que bloquea el camino de la Luz hacia los corazones de los hombres.

Así es como el *religionismo* pone fin a la genuina espiritualidad.

Y el *templocentrismo*, con sus aliados, el *denominacionalismo* y la *filosofía* disfrazada de *teología*, constituyen las barreras que nosotros mismos hemos construido y erigido con el material de derribo del orgullo humano.

En ello también hay una parte importante que se deriva de lo que hemos heredado.

Por eso es que lo edificado con escombros tendrá siempre la tendencia a agrietarse, desquebrajarse y desplomarse ruidosamente.

La herencia de los hijos e hijas de Luz está más allá de esos muros absolutamente artificiales, que no permiten que la Luz penetre ni salga.

Nuestra misión es ser Luz, reconocerla y usarla para impactar en el mundo de oscuridades.

Nuestro único Maestro Jesús de Nazaret ha dicho en Mateo 5:14-16:

“Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbrá a todos los que están en casa. Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.”

Estamos llamados por Dios a aprovechar oportunidades para que la Luz del Señor alcance a otros hombres y mujeres, nuestros compañeros en el viaje de la vida.

Esa Luz no es la física procedente del sol y las estrellas, creadas en el cuarto día del relato de Génesis, sino la Luz que trae iluminación a la mente y al corazón de los humanos.

Esa Luz es la metáfora divina definitiva para la comprensión de toda realidad.

Por eso es que cuando se encienden las luminarias de la festividad de *Janucá* podemos experimentar el milagro de hacer memoria y afianzar nuestra fe en el Señor que nos da fuerzas para vencer obstáculos y descubrir Luz en medio de las tinieblas.

Mirando hacia atrás recordamos el milagro del aceite limpio hallado en un recoveco del muro del templo y que duró durante ocho días para la dedicación de la Casa de Oración de Jerusalem.

Pero para nosotros hoy es mucho más, pues nos permite interpretar la historia para identificar la presencia de Dios dentro de nosotros.

Jesucristo, la Luz del mundo, nos ha encomendado ser partícipes de su Luz.

Cristo Jesús encarna al Dios de Israel para todas las naciones, y al Israel de Dios, llamado a ser Luz a todas las naciones.

Cuando Jesús de Nazaret fue llevado para ser presentado en el Templo de Jerusalem, fue declarado con estas palabras por el profeta Simeón, hombre justo y piadoso, que esperaba la consolación de Israel:

Lucas 2:32: “Luz para revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel.”

Simeón estaba citando las palabras de la profecía de Isaías en 42:6, y en 49:6:

“Yo el Eterno te he llamado en justicia, y te sostendré por la mano; te guardaré y te pondré por pacto al pueblo, por luz de las naciones... Poco es para mí que tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob, y para que restaures el remanente de Israel; también te di por luz de las naciones, para que seas mi salvación (mi ‘Yeshúa’) hasta lo postrero de la tierra.”

Las palabras de nuestro bendito Señor y Salvador no pueden ser más claras al respecto:

Juan 8:12: “Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.”

Juan 9:5: “Entre tanto que estoy en el mundo, luz soy del mundo.”

Juan 12:35-36: “Aún por un poco está la luz entre vosotros; andad entre tanto que tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas; porque el que anda en tinieblas, no sabe a dónde va. Entre tanto que tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz.”

Juan 12:46: “Yo, la luz, he venido al mundo, para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas.”

Conclusión:

En medio de la confusión de nuestros días precisamos rogar a nuestro Señor que derrame de su Luz en nuestros corazones.

Recordemos que, como nos dice la Palabra Apostólica en 1ª Juan 1:5: “*Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él.*”

Tengamos muy presente que, como nos asegura el Apóstol Pablo en Efesios 5:8: “En otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz.”

En Efesios 5:13 añade: “Mas todas las cosas, cuando son puestas en evidencia por la luz, son hechas manifiestas; porque la luz es lo que lo manifiesta todo.”

Y en 1ª Tesalonicenses 5:5, añade: “Porque todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día; no somos de la noche, ni de las tinieblas.”

Dios nos llama en Jesucristo a dejarnos trasladar de nuestras tinieblas a su Luz admirable.

En esa Luz admirable es donde se forja una voluntad poderosa para recibir más y más Luz, como ocurre con *la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto.*

Y el Apóstol Santiago nos asegura en su Epístola Universal que “toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación.” (Santiago 1:17).

Como la Luz hace desaparecer la oscuridad, así también los dones perfectos que descienden del Padre de las Luces se llevan lejos nuestro egoísmo para traer consigo el amor y la benevolencia, la misericordia y la paz.

Por eso se nos asegura que “*En Su Luz veremos la Luz...*”

Fiel es el que nos llama, el cual también lo hará...

Amén.

LUZ Y ACEITE PARA NUESTROS PIES

Salmo 36:7-9:

“¡Cuán preciosa, oh Dios, es tu misericordia!

Por eso los hijos de los hombres se amparan bajo la sombra de tus alas.

Serán completamente saciados de la grosura de tu casa,

Y tú los abregarás del torrente de tus delicias (“Edenik” (‘ayin’, ‘dálet’, ‘nun’, ‘yod’, ‘caf final’), forma plural del ‘Edén’).

Porque contigo está el manantial de la vida;

En tu luz veremos la luz.”

Introducción:

La oscuridad más profunda tiene lugar justo antes del amanecer.

La opresión más dura de nuestros hermanos mayores en la fe, el pueblo de Israel, aconteció justo antes de su liberación, cuando YHWH extendió su mano poderosa para sacarlos de la casa de servidumbre, de debajo de la garra opresora del imperio faraónico, el más poderoso en sus días.

También todos nosotros hemos pasado de la oscuridad del claustro materno a la luz de la vida extrauterina...

De ahí que llamemos “*dar a luz*” al acto de parir, de pasar por las aguas del primer bautismo y entrar en una nueva tierra sólida.

El amanecer acontecerá con nosotros o sin nosotros, pero podemos estar seguros de que acontecerá.

A nosotros se nos otorga la gracia de ser testigos de esa alborada universal.

Nuestro primer pensamiento debe enfocarse en la definición de la Luz.

¿Por qué emplea nuestro Señor este término tantas veces en las Sagradas Escrituras, no sólo en el Salmo 36 con el que hemos partido en nuestra meditación?

¿Tiene esto alguna importancia previa a la revelación divina?

La palabra “*luz*” en el hebreo bíblico es “*Or*” (‘*Álef*’, ‘*Nun*’, ‘*Resh*’).

Su primera aparición acontece en Génesis 1:3: “*Y dijo Elohim: Sea la luz; y fue la luz.*”

¿Cómo pudo haber existido la Luz antes de que Dios creara las grandes lumbreras en el Día Cuarto?

Esta es una pregunta formulada por los científicos y por los niños.

Creo que debemos comenzar por preguntarnos qué es la Luz?

La Luz se define en el Diccionario de la Academia Española de la Lengua como “agente físico que hace visibles los objetos”.

Pero, además de esta definición lingüística, es más preciso definirla como “toda radiación electromagnética capaz de ser percibida por nuestro sentido de la vista.”

Si recurrimos al contexto científico hallaremos decenas de definiciones e hipótesis acerca de la Luz.

Todo parece indicar que la Luz es una forma de energía que, mediante su acción sobre las plantas, transforma los elementos y compuestos inorgánicos en alimento tanto para el hombre como para los animales, y rige muchos otros procesos naturales necesarios para la vida.

¿Cómo definen La luz las Sagradas Escrituras?

Salmo 119:105: “Lámpara es mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino.”

Salmo 119:130: “La exposición de tus palabras alumbrará; hace entender a los simples.”

Proverbios 4:18-22: “Mas la senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto. El camino de los impíos es como la oscuridad; no saben en qué tropiezan. Hijo mío, está atento a mis palabras; inclina tu oído a mis razones. No se

aparten de tus ojos; guárdalas en medio de tu corazón.; porque son vida a los que las hallan, y medicina a todo su cuerpo.”

Proverbios 6:23: “Porque el mandamiento es lámpara, y la enseñanza es luz.”

Isaías 8:20: “¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido.” (Literalmente: ‘es porque no hay luz en ellos’).

Isaías 51:4: “Estad atentos a mí, pueblo mío, y oídme, nación mía; porque de mí saldrá la ley, y mi justicia para luz de los pueblos.”

Es evidente que la Luz, además de su sentido físico, es también un signo de la presencia de Dios, de manera que de la misma forma que la Luz es vital o esencial para la existencia de la vida, la Luz divina es necesaria para nuestra vida moral y espiritual, como Dios la quiere para sus hijos e hijas.

En el Salmo 104, que es una narración muy estilizada del relato creacional del Génesis, en el que se enfatiza el carácter teocéntrico de la Creación, se describe a Dios vistiéndose de Luz:

Salmo 104:2: “El que se cubre de luz como de vestidura, que extiende los cielos como una cortina.”

Bien pudiera ser que en el *primer día*, literalmente el hebreo lo llama “*yom ejád*”, “*día uno*”, no “*día primero*”, Dios creara las propiedades físicas de la luz visible y el resto del espectro electromagnético.

Por otra parte, no debemos olvidar que los cuerpos celestes y los seres inteligentes fueron creados antes de que surgiera la vida en este diminuto planeta nuestro.

Consideremos las preguntas que el Señor bendito le formula a su siervo Job:

Job 38:4-7: “¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra? Házmelo saber, si tienes inteligencia. ¿Quién ordenó sus medidas, si lo sabes? ¿O quién extendió sobre ella cordel? ¿Sobre qué están fundadas sus basas? ¿O quién puso su piedra angular, cuando alababan todas las estrellas del alba, y se regocijaban todos los hijos de Dios?”

Descubrimos aquí también la realidad de la existencia de “*hijos de Dios*” antes de la creación del ser humano, lo cual debería ayudarnos a desprendernos del orgullo antropocéntrico que nos caracteriza.

Por eso es un sagrado deber hacer memoria de nuestra liberación de la esclavitud, es decir, de proclamar nuestra salida de la oscuridad a la luz:

Devarim (Deuteronomio) 16:3: “No comerás con la Pascua pan con levadura; siete días comerás con ella pan sin levadura, pan de aflicción, porque aprisa saliste de la tierra de Egipto; para que todos los días de tu vida te acuerdes del día en que saliste de la tierra de Egipto.”

Como dice la *Hagadá de Pésaj*, “*El Relato de la Pascua*”, en toda generación cada uno de nosotros hemos de vernos a nosotros mismos como si hubiéramos salido de aquel *Egipto*, llamado en las Sagradas Escrituras “*Mitzraim*”, de la raíz “*Meitzar*”, cuyo sentido es el de “*estrecheces*”, “*opresiones*”, un *congesto* o *valle angosto* en el que predominan la falta de espacio y de luz.

Por eso es que simplemente recordar no es lo que las Sagradas Escrituras nos enseñan, pues el mero recuerdo no puede liberar a nadie.

La liberación no es el recuerdo de la esclavitud, sino la *Luz Divina* que alumbra el camino a la libertad gloriosa de los hijos e hijas de Dios.

El propósito es tener presente que el pueblo hebreo salió para recibir la Santa Ley de Dios y así poder elegir entre el bien y el mal, entre el camino de la vida y el camino de la destrucción.

La libertad para Dios es *Luz* para discernir, aceptar la verdad y estar dispuestos a aprender a vivir en base a ella, sobre el fundamento de los valores divinos expresados en las encomiendas que conocemos como los *Mandamientos del Decálogo*.

Esta es la *Luz* que nos permite vernos como si hubiéramos salido de *Mitzraim*, de las *estrecheces* y las *oscuridades*, para poder ver con visión amplia el camino de nuestros padres en la fe, cuya línea nos conduce a *Yeshúa Ha-Mashíaj*, *Jesús el Mesías Sufriente*, el mismo que vendrá glorioso en el *Gran Día de Dios* como *Mesías Triunfante*.

La Luz Divina para que brillen las palabras de las Sagradas Escrituras la trae *Rúaj HaKodesh*, el Santo Espíritu de Dios, para alumbrar nuestro camino hacia el mundo venidero.

Yeshúa, latinizado “*Jesús*”, muestra al ciego que los hombres somos como *árboles*, porque nuestro Maestro sabe que el árbol sólo es un medio para un fin, y ese fin es el fruto.

De ahí que nos diga que hoy somos hijos e hijas de Dios, pero no está revelado lo que un día llegaremos a ser.

Mientras tanto, en ese proceso, *Rúaj HaKodesh*, el Espíritu del Santo, voz del género femenino en el original hebreo, y, por tanto, expresión de la femineidad divina, nos gesta como “*madre*”, del mismo modo que como “*madre*” nos consuela, y derrama aliento en el fuego que ha prendido en nuestra alma, para que prosigamos a lo largo del camino.

Por eso nos dice el libro de *Proverbios 20:27* que “lámpara de YHVH es el espíritu del hombre, la cual escudriña lo más profundo del corazón.”

Para los sabios antiguos de Israel, el tiempo de mayor derrame de ese aliento que precisa el rescoldo de nuestro corazón es el *Shabat*, cuando más copiosa es la *Luz* que alumbró el alma.

El reposo del alma es resultado de la *Luz* que penetra en el corazón y despierta en el hombre el anhelo por alcanzar esa *Luz* primera que alumbró al hombre en su estado de inocencia.

Esa búsqueda de la *Luz* actuará siempre como incentivo para el desarrollo espiritual de los humanos, y también obrará como antídoto contra el orgullo y la soberbia.

Esa es la Luz que nos insta a andar a ras de suelo, entiéndase los pies, pero con el corazón bien alto.

Sabemos que antes de crear el Sol, YHVH creó durante el día *Uno* una gran *Luz* para que los hombres pudiéramos mirar de un extremo al otro del mundo, sin que ninguna cortina se interpusiera entre nuestra mirada y lo que era posible ver y contemplar.

Pero después Dios ocultó esa *Luz* primigenia, de ahí las palabras de David en el *Salmo 119:18*:

“Abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu Ley.”

David ruega a Dios que le descorra el velo para poder admirar las maravillas del Eterno.

Relata un cuento jasídico (movimiento iniciado por el Rabí Israel Baal Shem Tov (1698-1760), que “un joven rabí se quejó a su maestro porque durante las largas horas que dedicaba al estudio de la Torá sentía la vida y la luz, pero desde el momento en que cesaba en esta actividad, todo desaparecía. Y su maestro el rabí Israel de Rizhyn le respondió diciendo:

‘Es como cuando un hombre marcha por un bosque en una noche oscura, y durante un tiempo se le une otro hombre con una linterna encendida en la mano, pero al llegar a un cruce de caminos se separan, y el primero debe seguir solo y a tientas su camino. Pero, si el hombre lleva su propia luz consigo, no debe tener miedo a la oscuridad’.”

Los sabios antiguos de Israel compararon a la Comunidad Hebrea con la Luna.

Vieron en sus altibajos, que nosotros conocemos por *fases*, un signo de esos altibajos u oscilaciones que se producen en todos nosotros y que están determinados por nuestra proximidad o alejamiento respecto al Creador Eterno.

Cuando la Luna comienza a surgir y somos beneficiados por su luz, el pueblo hebreo desarrolló una bendición para el Dios Creador del Universo sobre la Luna, llamada “*Kidush Levaná*”, la cual ha de pronunciarse de pie, es decir con plena consciencia de nuestra humanidad, y bajo cielo abierto que declara la gloria de Dios y la obra de sus manos.

El momento en que se produce el creciente de la Luna (“*Molad*”), se determina el calendario hebreo y todas las festividades del año. De ahí se deriva la importancia que posee la renovación mensual del aspecto de la Luna.

Cuando nos acercamos a la *Luz*, que es la inmensidad del Amor de Dios, nos es imposible mantenernos distantes.

Nuestro amor por nuestro prójimo no es sino un reflejo de nuestro amor por el Señor, del mismo modo que la luz de la Luna no es sino un reflejo de la luz solar.

Otro *cuento jasídico* relata la siguiente escena en la casa de estudio sinagoga:

“Un rabino preguntó a sus estudiantes cómo podían saber que la noche había llegado a su fin y que el día estaba amaneciendo.

Uno de los estudiantes respondió: ‘Porque podemos distinguir a una oveja de un perro’.

‘No’, dijo el rabino. ‘Esa no es la respuesta’.

‘Porque podemos distinguir una higuera de un olivo’, respondió otro estudiante.

‘No’, contestó el rabino. ‘Esa no es la respuesta’.

‘Entonces, ¿cómo podemos saberlo?’, preguntó un tercero.

El sabio rabino respondió así: ‘Cuando miramos un rostro desconocido, el rostro de un extraño, y vemos que es nuestro hermano, en ese momento es cuando ha amanecido’.

La Luz del Bendito nos mueve hacia el amor incondicional, es decir, no basado en cualquier condición humana, en cualquier demanda o expectativa.

Dijeron los sabios antiguos de Israel que la búsqueda más importante para el hombre en este mundo es la búsqueda de Dios y las señales de su Providencia y Sabiduría.

Esa búsqueda demanda de nosotros utilizar nuestros ojos como lentes a través de las cuales veamos a Dios en todo lugar de este mundo, y en toda criatura.

De ahí que Yeshúa, Jesús, nos haya advertido: “Me visteis hambriento, sediento, desnudo, enfermo, privado de libertad y de compañía, y vinisteis a mí.” (Mateo 25:31-46).

Si empleamos nuestra vista para focalizarnos en el Señor, hasta que su mirada y nuestra mirada converjan, experimentaremos el cumplimiento de la profecía de Isaías 52:8:

“¡Voz de tus atalayas! Alzarán la voz, juntamente darán voces de júbilo; porque ojo a ojo verán que YHVH vuelve a traer a Sión.”

“*Ayin beAyin*”, “*Ojo a ojo*”, significa que nuestros ojos han sido diseñados para ser ojos en paralelo con los ojos de Dios y de nuestros prójimos.

Dios siempre mantiene sus ojos sobre todos aquellos que le buscan.

Salmo 14:2: “YHVH miró desde los cielos sobre los hijos de los hombres, para ver si había algún entendido, que buscara a Dios.”

El mundo está lleno de luces y de luminarias intensamente asombrosas, pero una pequeña mano delante de nuestros ojos obstruye la visión de estos grandes resplandores.

Cuando más cerremos nuestros ojos a las deslumbrantes luces del mundo, y más abramos nuestros ojos interiores a la Palabra de Dios, más llevaremos nuestra vida a la esencia del mundo venidero.

Eso es lo que significa la costumbre hebrea de cubrir los ojos al pronunciar la plegaria del “*Shemá*”, como si atravesáramos la fachada de este mundo para dirigirnos a la *Unidad* que se oculta tras él.

Os invito, queridos lectores, a ponernos en pie por un momento, vamos a respirar hondo, y vamos a proclamar la esencia de la revelación divina en Devarim 6:4 (Deuteronomio 6:4)... Repetid conmigo:

“Shemá Israel, Adonai Elohéinu, Adonai Ejád”

“Oye, Israel: YHVH nuestro Dios, YHVH Uno es.”

Permanezcamos en silencio por unos instantes cubriendo nuestros ojos con la mano.

Ahora podemos volver a tomar asiento.

La Luz tiene dos posibles formas de provisión: Una puede ser fuente de luz, o podemos reflejar la luz de otra fuente, como en un espejo.

Sólo, única y exclusivamente Dios es fuente inagotable de *Luz* sobre el Universo.

A fin de reflejar esa *Luz* debemos permanecer cerca de la fuente que la genera.

El espejo mejor pulido no puede reflejar luz alguna si se mantiene en la oscuridad.

De ahí se desprende nuestra necesidad del *arrepentimiento*, es decir, de experimentar la “*teshuvá*”, voz hebrea que solemos traducir por “*arrepentimiento*”, pero que en realidad significa literalmente “*vuelta*”, “*retorno*”.

Por eso es que *Yeshúa*, Jesús, nos ha dicho en el Evangelio de Lucas 13:3:

“Antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente.”

Arrepentirse, según algunos de los sabios antiguos de Israel, significa que yo debo regresar a mi lugar, porque no pertenezco al mundo de oscuridad en que me encuentro; nada tan ajeno a la humanidad como el pecado. Por eso es menester regresar.

Debo retornar al lugar que fue designado para mí en los tiempos antiguos, antes de los días en que Dios ordenó la tierra que había llegado a estar “*desordenada y vacía*”.

Los Universos creados por Dios tienen un orden, y volver a ese orden es “*teshuvá*”.

Desviados del orden universal de Dios, los hombres estamos fuera de lugar, y por eso es que trasgredimos la voluntad divina.

Por eso es que “*teshuvá*” es más que el sentido eclesiastizado del mero “*arrepentimiento*”.

“*Teshuvá*” es retornar a donde pertenecemos, es volver a la *Luz*, es experimentar la armonización con el Universo en que Dios nos ha puesto.

“*Teshuvá*” nos permite recibir la *Luz* de la sabiduría y unir todos los rasgos de nuestro corazón a ese conocimiento que se deriva de nuestra cercanía al Creador Eterno.

La eternidad está presente en esa *Luz* por la que el mundo *no fue creado*, sino que *es creado constantemente*.

Es ese Universo en expansión que el astrofísico *Hubble* descubrió al ver que todas las galaxias se dirigen hacia la banda roja del espectro.

El mundo *no fue creado*, sino que *es creado*, por lo que quien no puede sentirse creado a cada instante tampoco se puede sentir abrazado por la *Luz Divina*.

La *Luz Divina*, oculta a los ojos carnales del hombre, nos enseña a estar abiertos al presente, a no tenerle miedo.

La *Luz* alumbra nuestro camino, nos muestra las trampas y los engaños y quita todas nuestras inseguridades.

La *Luz* nos recrea, nos conduce del *no ser* al *ser*.

No estamos abandonados al azar en un mundo oscuro, sino que el Creador -¡bendito sea su Nombre!- nos da su *Luz* para que sepamos quiénes somos, por qué estamos aquí, y para qué hemos sido enviados.

La *Luz* nos recuerda nuestro origen, que fuimos un pensamiento de Dios antes de materializarnos en este mundo.

Por eso los sabios místicos de Israel enseñaron que el objetivo de la Creación es que, a pesar de la oscuridad de este mundo, lleguemos a ser conscientes de que todo, absolutamente todo, proviene de un mismo origen y una misma raíz.

La *Luz* despierta al hombre de la rutina absurda y sin sentido, y nos capacita para la recreación, para comenzar un camino diferente, para empezar de nuevo.

Podemos afirmar que Dios nos ha creado a los seres humanos con el propósito de que participemos con Él en el retorno al estado de Unidad con Dios que este universo tenía con el Eterno antes de "*Bereshit*", antes del comienzo.

La *Luz Divina* nos alumbra para vivir en la Verdad y hablar Verdad...

Ese es el más auténtico "*arrepentimiento*", lejos de la eclesiastización filosófica del concepto.

Es la vuelta al núcleo del ser, a la "*neshamá*", es decir, al "*alma*" sensible que se siente herida y defraudada cuando vivimos en desobediencia a Dios.

Por eso es que hay muerte cuando falta la "*teshuvá*", el arrepentimiento.

La oscuridad del pecado cubre la vida con la velocidad que lo hacen las nubes en la tormenta estival.

La noche es una prueba, un desafío, y sirve para aprehender la *Luz* en toda su infinita inmensidad.

Cuando buscamos a Dios en la oscuridad que puede rodearnos, y cuando sentimos anhelo por Él en un mundo de ausencia divina, entonces podemos encontrarlo ahí donde Él parecía estar ausente.

La *Luz Divina* no ha de ser esperada pasivamente, sino que hemos de salir hacia ella, saludarla de lejos e ir a su encuentro, como los sabios de Israel enseñaron a ir al encuentro del *Shabat*, al encuentro de la *novia*, con prisa y alegría de festejo nupcial.

Sólo en el grado en que superemos los obstáculos para descubrir a Dios revelándose, podremos llegar a valorar y disfrutar de la *Luz Divina*.

Una inmensa delicia es sabernos no sólo parte de la *Creación Divina*, sino sabernos parte de la *Fuente de Todo*.

Saber que nuestra vida personal tiene un significado eterno dentro del propósito de la existencia del *Todo*.

Bajo la *Luz Divina* comprendemos que todas las cosas en nuestra vida son mensajes de Dios para nosotros.

En esa *Luz*, Dios nos comparte su *Unidad*, es decir, ese “*Amor*”, “*Ahavá*”, que es numéricamente igual a “*Ejád*”, “*Uno*”.

(“*Ahavá*”, “*Amor*”: Álef, He, Vet, He = 1 + 5 + 2 + 5 = 13).

“*Ejád*”, “*Uno*”: Álef, Jet, Dálet = 1 + 8 + 4 = 13).

El Mesías que ha de venir triunfante es el que ya vino como Mesías Sufriente.

Los profetas le llamaron “*Luz*”, como leemos en Isaías 9:2:

“El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz; los que moraban en tierra de sombra de muerte, luz resplandeció sobre ellos.”

El Evangelista Mateo identifica el comienzo del ministerio público de Jesús de Nazaret con el cumplimiento de la profecía de Isaías:

Mateo 4:13-17: “Dejando Nazaret, Jesús vino y habitó en Capernaum, ciudad marítima, en la región de Zabulón y de Neftalí, para que se cumpliera lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo: Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles; el pueblo asentado en tinieblas vio gran luz; y a los asentados en región de sombra de muerte, Luz les resplandeció. Desde entonces comenzó Jesús a predicar, y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado.”

De igual modo, la profecía de Isaías es comparada en el Evangelio de Lucas:

Isaías 42:6: “Yo YHVH te he llamado en justicia, y te sostendré por la mano; te guardaré y te pondré por pacto al pueblo, por luz de las naciones.”

En el Evangelio de Lucas, cuando José y María van al Templo de Jerusalem para circuncidar a Jesús en el octavo día de su nacimiento, allí les halla un profeta llamado Simeón, hombre justo y piadoso, que esperaba la consolación de Israel, y el Espíritu Santo estaba sobre él, a quien le había sido revelado por el Santo Consolador que no vería la muerte antes que viniese el Ungido del Señor.

Y movido por el Espíritu Santo, vino al Templo de Jerusalem, tomó a Jesús niño en sus brazos, y bendijo a Dios, diciendo:

Lucas 2:29-32: “Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación (‘Yeshúa’), la cual has preparado en presencia de todos los pueblos: Luz para revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel.”

Jesús es la gloria del pueblo de Dios, y es Luz para los gentiles.

Así lo había profetizado Isaías 49:6: “Poco es para mí que tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob, y para que restaures el remanente de Israel; también te di por luz de las naciones, para que seas mi salvación (‘Yeshúa’, ‘Yeshuati’) hasta lo postrero de la tierra.”

Cinco veces en el primer capítulo del Evangelio de Juan aparece la *Luz* referida a Jesús:

Juan 1:4-5, 7-14: “En el Verbo estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella... Juan el Bautista vino por testimonio, para que diese testimonio de la luz, a fin de que todos creyesen por él. No era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz. Aquella luz verdadera, que alumbra a todo hombre, venía a este mundo. En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no le conoció. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios. Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad.”

Jesús es la *Luz* verdadera, la que conduce a la Verdad, como Él mismo dijo en Juan 8:12:

“Otra vez Jesús les habló, diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.”

“*La Luz de la Vida*” es un título divino que hallamos en varios textos de las Escrituras hebreas:

Salmo 27:1: “YHVH es mi luz y mi salvación (‘Yeshúa’); ¿de quién temeré? YHVH es la fortaleza de mi vida; ¿de quién he de atemorizarme?”

Isaías 60:1, 19-21: “Levántate, resplandece; porque ha venido tu luz, y la gloria de YHVH ha nacido sobre ti... El sol nunca más te servirá de luz para el día, ni el resplandor de la luna te alumbrará, sino que YHVH te será por luz perpetua, y el Dios tuyo por tu gloria. No se pondrá jamás tu sol, ni menguará tu luna; porque YHVH te será por luz perpetua, y los días de tu luto serán acabados. Y tu pueblo, todos ellos serán justos, para siempre heredarán la tierra; renuevos de mi plantío, obra de mis manos, para glorificarme.”

El Apóstol Juan emplea en su Primera Epístola Universal el mismo epíteto de Dios que había empleado en los versículos iniciales del Evangelio que lleva su nombre:

1ª Juan 1:5: “Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es Luz, y no hay ningunas tinieblas en él.”

La Luz está latente en la Bienaventuranza.

Jesús declara “bienaventurados” a los pobres en espíritu, a los que lloran, a los mansos, a los que tienen hambre y sed de justicia, a los misericordiosos, a los de limpio corazón, a los pacificadores, a los que padecen persecución por causa de la justicia del Reino de Dios, a los vituperados, perseguidos y calumniados, como lo fueron los profetas que fueron antes de sus discípulos, y nos asegura que seremos bienaventurados porque “nuestro galardón es grande en los cielos.” (Mateo 5:1-12).

La voz “*bienaventurado*” es ciertamente una palabra arcaica que muy fácilmente podemos tergiversar o atribuirle un significado *misticoide* y equivocado.

“Bienaventurado” en el hebreo bíblico es la voz “ashrei”, y su sentido es el de “sumamente feliz”, “extraordinariamente dichoso”.

Se trata de un término cuya raíz es “*asher*”, y su significado es sorprendentemente “*planta del pie*”.

Como nombre propio de persona aparece por primera vez en las Sagradas Escrituras en el libro de Génesis 30:12-13:

“Luego Zilpa la sierva de Lea dio a luz otro hijo a Jacob. Y dijo Lea: Para dicha mía; porque las mujeres me dirán dichosa; y llamó su nombre ‘Asher’.”

Todo cuanto se dice de “*Asher*” en la Biblia es siempre bueno, y en la profecía de Jacob acerca de sus hijos, leemos así:

Génesis 49:20: “El pan de Asher será sustancioso, y él dará deleites al rey.”

Y en la bendición de Moisés a las tribus de Israel, leemos estas palabras:

Deuteronomio 33:24: “A Asher dijo: Bendito sobre los hijos sea Asher, sea el amado de sus hermanos, y moje en aceite su pie.”

Y en algo tan sencillo, tan concreto y próximo a cada uno de nosotros, como es la “*planta del pie*”, se nos da la clave para entender qué es la felicidad, la dicha más profunda.

Naturalmente, a nosotros, acostumbrados a pensar en las complicadas abstracciones que nos trajo el pensamiento griego, es decir, la cultura bárbara, nos parece imposible que pueda darse alguna relación entre la *felicidad* y las *plantas de nuestros pies*. Y, sin embargo, en la mentalidad semítica de los autores del texto bíblico, los pies tienen un simbolismo de gran alcance.

Recordemos a una antepasada de nuestro Señor Jesucristo descubriendo los pies de Booz en la era:

Rut 3:4: “Y cuando él se acueste, notarás el lugar donde se acuesta, e irás y descubrirás sus pies, y te acostarás allí.”

El patriarca Job proclama haber ayudado a los tullidos recurriendo a la figura de los pies: Job 29:15: “Yo era ojos al ciego, y pies al cojo.”

Y el Salmista expresa haber vivido santamente diciendo que “*su pie ha estado en rectitud.*” (Salmo 26:12).

Estar atento a las enseñanzas de las Sagradas Escrituras lo expresa el autor del Salmo 119:59 diciendo:

“Consideré mis caminos, y volví mis pies a tus testimonios.”

Conocido por muchísimos es el texto del Salmo 119:105: “*Lámpara es a mis pies tu Palabra.*”

En el libro de los Proverbios hallamos bastantes textos que aluden a los pies. Por ejemplo se habla de los inicuos, cuyos “*pies corren hacia el mal.*” (Proverbios 1:16).

Del hombre depravado se nos dice que “*guiña los ojos y habla con los pies.*” (Proverbios 6:13).

De nuestro acceso a la Casa del Señor, leemos así: “Cuando fueres a la Casa de Dios, guarda tu pie; y acércate más para oír que para ofrecer el sacrificio de los necios; porque no saben que hacen mal.” (Eclesiastés 5:1).

Hay muchas otras cosas preciosas que se nos dicen en las Sagradas Escrituras acerca de los pies. Así leemos en dos textos proféticos veterotestamentarios:

Isaías 52:7: “¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas (‘Evangelio’), del que anuncia la paz, del que trae nuevas del bien, del que publica salvación, del que dice a Sión: ¡Tu Dios reina!”

Nahum 1:15: “He aquí sobre los montes los pies del que trae buenas nuevas (‘Evangelio’), del que anuncia la paz. Celebra, oh Judá, tus fiestas, cumple tus votos; porque nunca más volverá a pasar por ti el malvado; pereció del todo.”

Pasamos ahora a las páginas del Nuevo Testamento y hallamos el texto de Romanos 10:15, en el que el Apóstol Pablo cita este último pasaje profético de Naum, recordando que son hermosos los pies de los anunciadores de la paz, es decir, de los predicadores del Evangelio del Mesías, de los proclamadores de las buenas nuevas:

“¿Y cómo predicarán si no fueren enviados? Como está escrito: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas!”

En los textos evangélicos podemos ver a las discípulas abrazar los pies del bendito Maestro Jesús y adorarle:

Mateo 28:9: “He aquí, Jesús les salió al encuentro, diciendo: ¡Salve! Y ellas, acercándose, abrazaron sus pies, y le adoraron.”

Juan 12:3: “Entonces María tomó una libra de perfume de nardo puro, de mucho precio, y ungió los pies de Jesús, y los enjugó con sus cabellos, y la casa se llenó del olor del perfume.”

Y al propio Señor y Maestro le vemos lavar los pies a sus discípulos:

Juan 13:5: “Luego (Jesús) puso agua en un lebrillo y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjugarlos con la toalla con que estaba ceñido.”

Nosotros hablamos mucho del *corazón*, pero es evidente que los *pies* ocupan un espacio importante en la simbología bíblica: “*Ashrei*”, “*feliz*”, “*dichoso*”, “*bienaventurado*”, de la raíz “*asher*”, “*planta del pie*”...

¿Por qué es esto así? Porque la dicha, la felicidad, no es algo estático.

Porque la dicha, la felicidad, la bienaventuranza, no es una quietud de inactividad y aislamiento, sino “*planta del pie*”, es decir, “*camino*”, “*avance*”, “*progreso*”, “*relación*”, “*encuentro*”...

Porque la bienaventuranza es avanzar y relacionarnos con todos los demás hombres y mujeres con quienes compartimos el camino de la vida, es decir, con quienes hemos de aprender a caminar. Y lograrlo es ser felices.

Pero tengamos muy presente que hay un solo calzado que se ajustará perfectamente a nuestros pies, y se acomodará a todas las calzadas y caminos, a todos los terrenos y circunstancias; un solo calzado que no nos producirá ni rozadura, ni llaga, ni hinchazón: Ese calzado es el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo.

De ahí las palabras del Apóstol Pablo al escribir a los cristianos de Éfeso y decirles así:

Efesios 6:15: “Calzados los pies con el apresto del Evangelio de la paz.”

Asher sumergerá su pie en el aceite.

Volviendo a *Asher*, las Sagradas Escrituras nos cuentan que antes de partir al reposo del sueño hasta la venida del Mesías en su Segundo Adviento, el patriarca Jacob reunió a sus hijos y los bendijo, y la bendición a su hijo *Asher* fue así: “*Bendito sobre los hijos sea Asher; sea el amado de sus hermanos, y moje en aceite su pie.*” (Deuteronomio 33:24).

Los sabios antiguos de Israel, como *Rashí*, (1040-1105 d.C.) explicaron que esta referencia al aceite se relaciona con la abundancia de olivos del territorio asignado a *Asher* en la tierra de Israel.

Ahora recordemos, amados hermanos, que todo lo que existe en el plano físico de la Creación, todo cuanto es visible y tangible, tiene su paralelo en el ámbito espiritual. De manera que si escudriñamos las Sagradas Escrituras nos percataremos de que lo opuesto es igualmente cierto; es decir, que la realidad espiritual es la causa de la cual resultan sus equivalencias en el dominio físico.

Cada cuestión tratada en la Escritura en general, y en la *Torá* en particular, aborda no sólo su significado en la dimensión del “*pshat*”, es decir, el *sentido simple y literal*, sino que encapsula al mismo tiempo en su interior el mensaje “*rémez*”, es decir, su *sentido alusivo*, el sentido “*crush*”, es decir, el *sentido alegórico*, y el sentido “*sod*”, es decir, el *sentido místico*.

De ahí que los sabios antiguos de Israel compararan a las Sagradas Escrituras con un gran prado con frondosos árboles, fuertes ramas y profundas raíces a través de las cuales extraían su vitalidad.

Para que dichos árboles den su fruto es preciso que haya una elaboración en la que participen todos los elementos de ese prado. La semilla puesta en la tierra debe recibir la aportación de los nutrientes del suelo, y recibir luz y agua para finalmente dar su fruto.

De eso se desprende que la tradición hebrea compare al hombre con un árbol del campo. Para que el hombre pueda recibir, es menester que transforme la materia prima del mundo mediante su trabajo, por cuanto en el mundo no existen los edificios ya construidos, sino que somos nosotros quienes debemos edificarlos.

Para comer pan debemos sembrar, cosechar, moler y después hornear.

Para extraer la sabiduría contenida en la Sagrada Escritura debemos esforzarnos y extraer de nuestro interior los frutos producidos por la simiente de la Palabra de Dios.

Por el contrario, cuando las Sagradas Escrituras no son trabajadas, escudriñadas y estudiadas, es como quien tiene la semilla, la tierra y el agua, ya que todo está presente en potencia, pero para poder comer pan es necesario el trabajo del hombre; y, a su vez, para que todos puedan comer es necesario enseñar a arar, sembrar, cosechar, moler, hornear y ser generosos para compartir el pan.

El vocablo “prado”, en hebreo “pardés” (“pe, resh, dálet y sin”), alude al “prado de la Sabiduría”, dado que las iniciales de dicha palabra conforman las cuatro perspectivas a través de las cuales enseñaron los sabios antiguos de Israel a entender la *Torá*.

La primera inicial, la “pe”, se refiere al “pshat”, clave que caracteriza lo *simple*, es decir, el *relato literal*, exactamente lo que leemos o escuchamos, sin nada oculto. Se trata de la raíz de todas las formas de percepción.

La segunda inicial es la “resh”, y alude a “rémez”, lo que indica una “*insinuación*”. No tiene una diferencia substancial con “pshat”, pero revela su *interior*. El “rémez” le da una dimensión más profunda al relato bíblico, ya que los personajes, las situaciones y todos los detalles presentados, inclusive las letras que forman la palabra, nos transmiten una enseñanza siempre actual.

En el “pshat” las ideas son expresadas en forma directa, detallada y explícita, mientras que en el “rémez” son mencionadas por la senda invisible de la insinuación, y el que tiene oído para entender, entiende.

Son dos caminos de entendimiento que cuidan y protegen el interior de la Sagrada Escritura, ya que ocultan más que revelan. Es como cuando entramos en un laboratorio científico, pero carecemos del conocimiento de los códigos de la disciplina científica de que se trate. Poco o nada entenderemos, a pesar de tener todo frente a nosotros.

La tercera inicial es la “dálet”, la cual nos indica el “drash”, voz que proviene del verbo “*exigir*”. Esta lectura de la Escritura encierra la búsqueda en la que el hombre exige un significado del texto más profundo que en las anteriores perspectivas.

La última inicial del “Pardés” es la letra “sin”, la cual indica el “sod”. Esta voz significa “*secreto*”. En el “Zohar”, uno de los libros más importantes de la sabiduría hebrea, se define el “sod” como la “*causa*”, ya que quien conoce la “*causa*” conoce la *consecuencia*, es decir, el “*secreto*”.

El “Zohar” recoge la sabiduría transmitida por los Sabios de la *Mishná* (compilación de la tradición oral de Israel) hasta el *tanaíta* Rabí Shimón Bar Yojai (siglo II d.C.).

Los “*tanaítas*” (*repetidores de la tradición*), del hebreo “*taná*”, “*estudiar*”, fueron los estudiosos de las Sagradas Escrituras que a raíz de la toma de Jerusalem por el general Tito (70 d.C.), que llegaría a ser César de Roma, se agruparon en torno al Rabí Yohanan Ben Zakai, discípulo de Hillel el Sabio, formando un centro de estudio de las Sagradas Escrituras en la ciudad de Yabne, al sur de Yaffa, reconstruyendo el Sanedrín.

Judá el Santo sería quien terminara la redacción de la *Mishná* (220 d.C.), del hebreo “*Mishné le Mélej*”, es decir, “*Segundo del Rey*”, ya que el “*Rey*” representa aquí a las Sagradas Escrituras, que siempre tendrán primacía, ocupando la *Mishná*, del arameo “*shoné*”, “*estudiar*”, un segundo lugar.

En la *Mishná* es donde están contenidos todos los comentarios y tradiciones orales de estos doctores de la Ley conocidos como “*tanaítas*”.

El término “Zohar” implica dos aspectos: “*brillo*” y “*esplendor*” (de la *plenitud de la Luz*); y también “*cuidado*” y “*advertencia*” (“*lehízáhér*”), ya que para recibir y transmitir la *Luz* es necesario un sumo cuidado en nuestros actos e intenciones.

Los sabios antiguos de Israel dijeron que del mismo modo que un hombre se viste adecuadamente para presentarse en público, la *Torá* se “*reviste*” con diferentes “*ropajes*” para que los hombres puedan acercarse a ella gradualmente, haciéndola paso a paso parte de sus

vidas, tomando conciencia de sus objetivos, lo que nos permite percibir el orden en el cual cada aspecto cumple sus función.

Asher mojará, sumergirá, su pie en aceite, lo que hemos de entender que, no apartándose ningún texto bíblico de su sentido literal, tal cosa no disipa las otras dimensiones del texto, es decir, sus sentidos *alusivos*, *alegóricos* y *místicos*.

El “*aceite*” es una alusión a la sabiduría divina, en tanto que el “*pie*” es la parte más baja del cuerpo del hombre, y donde más se acumula la suciedad por su proximidad al suelo.

Sin embargo, el nivel inferior del “*pie*” puede hacer uso del supremo nivel del “*aceite*”. El “*pie*” posee una virtud única a la que ni siquiera el “*aceite*” se le puede negar.

Hay una expresión similar empleada con referencia a la *Era Mesiánica* inaugurada con el Segundo Adviento de nuestro Señor Jesucristo, y que hallamos en el profeta Zacarías 14:4:

“Y se afirmarán sus pies en aquel día sobre el monte de los Olivos, que está en frente de Jerusalem al oriente.”

El “*aceite*” es la sabiduría divina que nos es dada mediante el esforzado servicio a Dios y a su prójimo por parte del hombre, mediante el estudio de las Escrituras, la oración y la observancia de los Mandamientos Divinos, y los “*olivos*” son la fuente del “*aceite*”.

Por lo tanto el “*Monte de los Olivos*” representa un grado superior al de los “*olivos*” propiamente dichos, ya que éstos crecen en él y de él.

Pero, pese a que el *Monte de los Olivos* alude a un nivel espiritual muy elevado, el profeta nos dice que “*en aquel día los pies del Mesías se posarán sobre el Monte de los Olivos*”, y esto implica que el nivel espiritual de *Aquel* cuyos pies se posarán será muy superior al *Monte* y sus *olivos*.

El Apóstol Pablo lo comprende y trata de enseñárselo a los cristianos de Roma:

Romanos 11:16-18, 24-27, 29: “Si las primicias son santas, también lo es la masa restante; y si la raíz es santa, también lo son las ramas. Pues si algunas de las ramas fueron desgajadas, y tú, siendo olivo silvestre, has sido injertado en lugar de ellas, y has sido hecho participante de la raíz y de la rica savia del olivo, no te jactes contra las ramas; y si te jactas, sabe que no sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti... Porque si tú fuiste cortado del que por naturaleza es olivo silvestre, y contra naturaleza fuiste injertado en el buen olivo, ¿cuánto más éstos, que son las ramas naturales, serán injertados en su propio olivo? Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y luego todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sión el Libertador, que apartará de Jacob la impiedad. Y este será mi pacto con ellos, cuando yo quite sus pecados... Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios”.

Conclusión:

La Palabra de Dios es Dios, por cuanto Dios está presente en la Luz y en el Aceite que alumbra a la lámpara de nuestro ojo y de nuestro corazón para que las Sagradas Escrituras no sean solamente soporte de la Palabra, sino que se vuelva Palabra en nosotros.

De modo que *la Palabra de Dios* es criatura divina en la que la presencia de Dios es esencial.

La Luz de Dios es Dios, por cuanto es criatura divina en la que la presencia del *Hacedor* es igualmente sustancia esencial...

Y eso significa que *Dios es Palabra y Luz* que alumbra al *Buen Olivo* para que el aceite permita que la *Lámpara* alumbre.

Por eso Jesús nos ha dicho en Juan 8:12: “*Yo soy la luz del mundo*”, y nos ha encargado que nosotros seamos esa *palabra* y esa *luz*, constituyéndonos en discípulos suyos:

Mateo 5:16: “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.”

Quien no tiene las palabras del Padre, que Cristo ha traído y nos ha enseñado y enseña por medio del Espíritu Santo, no puede saber lo que es bueno para su vida:

Juan 11:10: “El que anda de noche, tropieza, porque no hay luz en él.”

Juan 3:19-21: “Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas. Mas el que practica la verdad viene a la luz, para que se manifieste que sus obras son hechas en Dios.”

Quiera el Eterno -¡bendito sea su Nombre!- iluminarnos siempre con su *Luz*, el *Santo Mesías* que vendrá triunfante en el tiempo de Dios, tal y como vino al cumplirse el tiempo como *Mesías Sufriente* en la persona de Jesús de Nazaret, nuestro Señor, Redentor y Maestro.

Mientras tanto, pongamos nuestro candelero, nuestra lámpara de aceite, sobre el almud para que alumbre a toda la casa. Amén.

“DE PÉSAJ A SHAVUOT, EL CAMINO DE LA LUZ Y DE LA FE”

“Partieron los hijos de Israel de Ramesés a Sucot, como seiscientos mil hombres de a pie, sin contar los niños. También subió con ellos multitud de toda clase de gentes, y ovejas, y muchísimo ganado.” (Éxodo 12:37-38).

Introducción:

Siete semanas transcurren desde la *Fiesta de Pésaj*, la *Pascua*, hasta la llegada de *Shavuot*, la *Fiesta de las Semanas* que conocemos los cristianos como *Pentecostés*, es decir, la *Fiesta de los Cincuenta Días*.

Muchos sabios antiguos de Israel y estudiosos cristianos se han preguntado por qué la celebración de *Shavuot* se espera y anticipa de una manera tan meticulosa, cuidadosa y metódica durante siete semanas, contando rigurosamente los 49 días que median entre *La Pascua* y *Pentecostés*.

Cada día se cuenta el *Omer*, medida aproximada de dos kilos y medio de harina de cebada, que mezclada con aceite e incienso, acompañada de un cordero, se ofrecía al Señor un día posterior a Shabat, según se desprende de Levítico 23:9-12:

“Y habló YHVH a Moisés, diciendo: Habla a los hijos de Israel y diles: Cuando hayáis entrado en la tierra que yo os doy, y seguéis su mies, traeréis al sacerdote una gavilla por primicia de los primeros frutos de vuestra siega. Y el sacerdote mecerá la gavilla delante de YHVH, para que seáis aceptos; el día siguiente del día de reposo la mecerá. Y el día que ofrecéis la gavilla, ofreceréis un cordero de un año, sin defecto, en holocausto a YHVH. Su ofrenda será dos décimas de efa (efa: 37 litros) de flor de harina amasada con aceite, ofrenda encendida a YHVH en olor gratísimo; y su libación será de vino, la cuarta parte de un hin (hin: 6,2 litros).”

¿Cuál es la explicación más usual a esa meticulosa espera de la llegada de *Shavuot* desde *Pésaj*?

La más frecuente explicación es que el eslabón que une a las dos festividades es la vinculación entre la liberación de las tribus hebreas de debajo de la garra explotadora del imperio faraónico y su posterior recepción del *Decálogo*.

De ahí se desprende que el pueblo hebreo haya denominado la *Fiesta de Pésaj* con varias designaciones, entre las cuales se encuentra la denominación “*Zeman Jeiruteinu*”, es decir, la “*Fiesta de nuestra Liberación*”.

Obviamente entendemos que se refiere a la liberación de la esclavitud impuesta por el imperialismo faraónico, pero, en realidad, estamos hablando de la concesión por la gracia de Dios de una libertad mucho mayor, cuyo comienzo solemos hallar en el llamamiento del Eterno a Abraham, quien eligió libremente salir de su círculo, de su entorno, de su tierra y de su parentela para encaminarse a la tierra que Dios dijo le mostraría.

Abraham rompió con los círculos concéntricos de sus generaciones pasadas para dejarse conducir por el Eterno hacia la construcción de un pueblo que serviría libremente al Dios vivo y verdadero, en vez de hacerlo a amos y señores humanos, déspotas esclavizadores, y dejar de rendir culto a los ídolos ciegos y mudos.

Esto de pasar de ser controlado a controlar el propio destino tiene su inicio como historia en el patriarca Abraham, y continúa en el relato de la Pascua, donde se refleja la experiencia de Moisés y el pueblo de Israel al salir del dominio esclavizante de Faraón.

Esta es la raíz de la historicidad de nuestra fe judeo-cristiana, que no es fruto de especulación humana ni del pensar filosófico, sino que cuenta con el elemento distintivo de la historicidad.

De ahí se desprende también que la libertad haya sido y continúe siendo un componente esencial de nuestros hermanos mayores en la fe, el pueblo hebreo, representado por un *Mardoqueo* que jamás estará dispuesto a rendir homenaje y pleitesía al *Amán* de turno.

Esta es herencia hebrea que recibimos como Iglesia de Jesús el Cristo, pero que, infortunadamente hemos ido perdiendo por el camino de los maridajes desiguales y vergonzosos con el estado secular y otros poderes mundanales.

El sentido hebreo-bíblico de “*libertad*” está muy distante de nuestra concepción occidental.

Esta notabilísima diferencia se contempla en las palabras de nuestro Señor a Moisés para que las pronunciara delante de Faraón, y que hallamos registradas en Éxodo 8:1:

“Entonces YHVH dijo a Moisés: Entra a la presencia de Faraón y dile: YHVH ha dicho así: Deja ir a mi pueblo, para que me sirva.”

La orden del Altísimo al déspota faraónico no fue simplemente “*deja ir a mi pueblo*”, sino “*déjalo ir para que me sirva*”.

En las instrucciones íntimas de YHVH a su siervo Moisés, el Altísimo le dice así antes de volver a entrar en la tierra de Egipto:

Éxodo 4:22: “Y dirás a Faraón: El Señor ha dicho así: Israel es mi hijo, mi primogénito. Ya te he dicho que dejes ir a mi hijo, para que me sirva.”

¡Qué claramente podemos ver en estas palabras el paralelismo de la identidad filial de *Israel* y de *Jesús de Nazaret* como “*Hijo Primogénito*”!

Así podemos comprender más del alcance de las palabras de Oseas 11:1 y su cumplimiento en Mateo 2:13-15:

Oseas 11:1: “Cuando Israel era muchacho, yo lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo.”

Mateo 2:13-15: “Después que partieron ellos (los sabios que vinieron de Oriente a adorar a Jesús como Rey-Mesías de Israel y Deseado de todas las naciones), he aquí un ángel del Señor apareció en sueños a José y dijo: Levántate, y toma al niño y a su madre, y huye a Egipto, y permanece allá hasta que yo te diga; porque acontecerá que Herodes buscará al niño para matarlo. Y él (José), despertando, tomó de noche al niño y a su madre, y se fue a Egipto, y estuvo allá hasta la muerte de Herodes; para que se cumpliera lo que dijo el Señor por medio del profeta (Oseas), cuando dijo: De Egipto llamé a mi Hijo.”

Dios libera a su pueblo, a su hijo, para que pueda acontecer el encuentro con la Santa Ley Divina, y al aceptarla se producirá la verdadera libertad.

Ahí radica el vínculo inquebrantable que une la *Fiesta de la Pascua* con la *Fiesta de las Semanas, Pésaj* con *Shavuot*.

Ahora es importante que para ahondar en el sentido hebreo-bíblico de la libertad consideremos tres elementos en el proceso que comenzó con la liberación de las tribus hebreas de la casa de esclavitud faraónica.

Primeramente, la *recepción del Decálogo*; en segundo lugar, la *conquista de la tierra promisoría*; y en tercer lugar, el alzamiento de “*Beit HaMikdash*”, es decir, la “*Casa de Santidad*” que nosotros conocemos por el término pagado de “*Templo*”.

Los sabios antiguos de Israel entendieron que la *cuenta del Omer* abarca los tres elementos.

Ahora bien, ¿cuál es la vinculación substancial que los une e interrelaciona?

Creo que al final del libro de *Rut*, texto que el pueblo hebreo tradicionalmente recita en *Shavuot*, es decir, en “*Pentecostés*”, podemos hallar un vislumbre de la respuesta a nuestra pregunta.

Fijémonos en lo que nos dice este texto, después de relatar el nacimiento de Obed, hijo de Rut, en el libro de Rut 4:14-17:

“Y las mujeres decían a Noemí: Loado sea YHVH, que hizo que no te faltase hoy pariente, cuyo nombre será celebrado en Israel; el cual será restaurador de tu alma, y sustentará tu vejez; pues tu nuera, que te ama, lo ha dado a luz; y ella es de más valor para ti que siete hijos. Y tomando Noemí el hijo, lo puso en su regazo, y fue su aya. Y le dieron nombre las vecinas,

diciendo: Le ha nacido un hijo a Noemí; y lo llamaron Obed (cuyo significado es “siervo”). Este es padre de Isaí, padre de David.”

El libro de Rut podría terminar con estas palabras, pero no lo hace, sino que añade cinco versículos más, en los que se nos da la línea genealógica desde *Fares*, que en el original es “*Peretz*”, hijo de *Judá*, hasta *David*.

El propósito de esta coletilla no es mostrarnos la relación entre Rut y David, que ya se nos da en Rut 4:11-12:

“Y dijeron todos los del pueblo que estaban a la puerta con los ancianos: Testigos somos. YHVH haga a la mujer que entra en tu casa como a Raquel y a Lea, las cuales edificaron la casa de Israel; y tú seas ilustre en Éfrata, y seas de renombre en Belén. Y sea tu casa como la casa de Fares (‘*Peretz*’), el que Tamar dio a luz a Judá, por la descendencia que de esa joven te dé YHVH.”

Nos inclinamos a pensar que lo que el registro textual pretende es mostrar el vínculo entre *David* y *Fares* (“*Peretz*”).

¿Cuál es la importancia de la relación entre *Fares* (“*Peretz*”) y la *Casa de David*, de la que Rut es progenitora?

Como se nos dice en Génesis 38:12-16, *Fares* (“*Peretz*”) era hijo de *Judá* y *Tamar* era su nuera.

Tamar había sido la primera esposa del primogénito de *Judá*, *Er*, quien había fallecido.

Cuando su hermano *Onán* dejó de cumplir la ley de levirato y no tomó por esposa a la mujer de su hermano fallecido, él también murió, y *Judá*, temeroso de perder a más hijos, no permitió que su tercer hijo, *Sela*, la tomara como esposa.

Entonces fue cuando *Tamar* se disfrazó de prostituta y tentó a *Judá* para que mantuviera relaciones íntimas con ella, y *Fares* (“*Peretz*”) fue el primogénito de aquella unión.

La respuesta de *Judá*, cuando *Tamar* le confrontó con la prueba de que él era el padre de la criatura, es muy sorprendente: Génesis 38:26: “*Más justa es ella que yo.*”

La línea davídica, y la redención que vendrá de ella, tiene su raíz en *Fares*, “*Peretz*”.

Y la historia de *Judá* y *Tamar* ejemplifica la visión escritural, es decir, la visión hebrea de la redención, y lo muy distante que se halla de la visión cristiana occidental, impregnada de conceptos filosóficos griegos, tales como el énfasis en la inmaculada concepción y el nacimiento virginal.

Para nuestro pensamiento heredado de la filosofía griega, la *redención* tiene su origen en la *perfección*, mientras que para el pensamiento hebreo-bíblico y el de la judeo-cristiandad naciente, la *redención* tiene su origen en el *arrepentimiento*, “*teshuvá*”, el *retorno*, el *darse la vuelta*.

Y en la “*expiación*” encuentra su origen en “*kippur*”, de la raíz “*kipper*”, “*tapar o cubrir con brea*”, “*calafatear*”, de ahí el nombre de “*kapporet*”, “*propiciatorio*”, la *tapa del Arca de la Alianza*, que tiene su equivalencia en el griego “*ilaskestai*”, es decir, “*expiar*”, “*limpiar*” y “*purificar*”.

Por sobre el “*Propiciatorio*” aparecía la gloria de Dios, llamada en el hebreo postbíblico “*Shejiná*”, la señal visible de la presencia del Altísimo entre su pueblo, de modo que el “*Propiciatorio*” y las “*Tablas de la Ley*” dentro del *Arca de la Alianza*, con las figuras de la porción del maná y la vara de almendro de Aarón, que floreció, representaban los principios fundamentales del trato de Dios con su pueblo, es decir, la *justicia atemperada con misericordia*.

¿Qué relación tiene esto con la “*Beit HaMikdash*”, con la “*Casa de Santidad*”, con el *Templo de Jerusalem*, y la conquista de la *tierra promisoría*?

Recordemos que la función fundamental de la *Casa de Oración* para todos los pueblos que levantó *Salomón* era la de facilitar la obra de *expiación*, es decir, facilitar la reconciliación con Dios que procede de la *“teshuvá”*, es decir, del *arrepentimiento*, del *darse la vuelta*.

Lo que frecuentemente olvidamos o menospreciamos es el hecho de que la necesidad de la expiación es el resultado incuestionable de haber recibido el *Decálogo*.

La Sagrada Escritura define el *Pacto de Dios* como las *“Diez Palabras”*.

Éxodo 34:27-28: “Y YHVH dijo a Moisés: Escribe tú estas palabras; porque conforme a estas palabras he hecho pacto contigo y con Israel. Y Moisés estuvo allí con YHVH cuarenta días y cuarenta noches; no comió pan, ni bebió agua; y escribió en tablas las palabras del pacto, los diez mandamientos.”

Deuteronomio 4:10-13: “El día que estuviste delante de YHVH tu Dios en Horeb, cuando YHVH me dijo: Reúneme el pueblo, para que yo les haga oír mis palabras, las cuales aprenderán, para temerme todos los días que vivieren sobre la tierra, y las enseñarán a sus hijos; y os acercasteis y os pusisteis al pie del monte; y el monte ardía en fuego hasta en medio de los cielos con tinieblas, nube y oscuridad; y habló YHVH con vosotros de en medio del fuego; oísteis la voz de sus palabras, mas a excepción de oír la voz, ninguna figura visteis. Y él os anunció su pacto, el cual os mandó poner por obra; los diez mandamientos (hebreo ‘HaDevarim’, ‘las Palabras’) y los escribió en dos tablas de piedra.”

Así nos ha llegado a nosotros también en la raíz griega de la voz *“Decálogo”*, es decir, *“deka”*, *“diez”* y *“logous”*, *“palabras”*.

Aunque la mayoría de las versiones bíblicas hagan referencia a los *“Diez Mandamientos”*, en la mayoría de los casos el texto hebreo original se refiere a las *“Diez Palabras”*, con lo que se expresa el sentido breve, sencillo y accesible de la Ley y los Profetas:

Mateo 7:12: “Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas.”

La libertad que Dios otorga a su pueblo en *Pésaj* no podría ser completa sin la recepción de la Santa Ley de Dios.

Sin el compromiso de los *Mandamientos de Dios* nuestro Señor no puede haber genuina libertad.

De ahí que el compromiso sea rechazado por quienes desean seguir viviendo en la esclavitud de la desobediencia a los *Mandamientos de Dios*, o la ignorancia de los mismos, mientras que se refugian en una supuesta *“gracia”* permisiva que absolutamente nada tiene que ver con la Gracia divina.

Ahora bien, la recepción del *Decálogo*, la *Ley Universal de Dios* puesta en manos de Israel para ser luz a los pueblos, no podría ser liberadora si careciéramos del camino de nuestra reconciliación con Dios, por cuanto siendo, como somos, débiles y falibles seres humanos, quedamos muy cortos de la grandeza de los *Mandamientos Divinos*, de las *Diez Palabras* con que Dios creó todos los universos.

Esas son las *Diez Palabras* con las que puede ser conquistada la tierra promisoría, que tiene su plano histórico en la tierra de Israel, pero también tiene su plano inmanente en nuestra propia tierra, es decir, en nuestra existencia adámica como personas.

Como nos explica el Apóstol Pablo, la debilidad no radica en la Ley Divina, que es perfecta y convierte el alma humana, sino en la debilidad y vulnerabilidad de nuestros corazones carnales.

Esa es la *tierra* que estamos llamados a conquistar y poseer bajo la dirección del *Espíritu Santo*, *“Rúaj Ha-Kodesh”*, el *maternal Espíritu de Dios nuestro Señor*, quien anhela conquistar nuestra vida *sin espada ni ejército*.

Romanos 3:31: “¿Luego por la fe invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que confirmamos la ley.”

Romanos 7:12-14: “De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno. ¿Luego lo que es bueno, vino a ser muerte para mí? En ninguna manera; sino que el pecado, para mostrarse pecado, produjo en mí la muerte por medio de lo que es bueno, a fin de que por el mandamiento el pecado llegase a ser sobremanera pecaminoso. Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado.”

Romanos 7:22-23: “Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros.”

Tristemente, un gran contingente de la cristiandad vive en el error de creer que la *Gracia de Dios* nos ha sido dada para ser salvos aunque caminemos en desobediencia a los *Mandamientos de Dios* nuestro Señor, desconociendo o ignorando que la *Gracia Divina* nos es dada para erradicar el pecado de nuestra vida; para someter al hombre fuerte, a nuestra naturaleza carnal, bajo la soberanía de Jesucristo.

Con gran facilidad se pasan por alto las nítidas palabras de nuestro bendito *Salvador Jesucristo*, quien nos dice en Juan 14:15: “*Si me amáis, guardad mis mandamientos.*”. Otra posible versión en castellano: “*Si me amáis, guardaréis mis mandamientos.*”

Alardear de la fe viviendo en desobediencia, y pretender que la *Gracia de Dios* justifica la praxis de la desobediencia, es caer en la viscosa red de la “*gracia barata*” del *Protestantismo burgués*, a la que el pastor y teólogo luterano *Dietrich Bonhoeffer*, mártir por su fe en los últimos momentos de la Segunda Guerra Mundial, definió como “*el mayor enemigo de la Iglesia de Jesucristo*”.

Ahí radica el origen de la gracia sin compromiso, del *pseudo-evangelio* rebajado a mera filosofía tranquilizadora y edulcorante de conciencias, en el que se enseña a buscar el perdón del pecado sin el arrepentimiento, la confesión, el perdón y la limpieza del pecador.

La Sagrada Escritura, sin embargo, da testimonio claro de que no hemos sido “*liberados*” de la *Santa Ley de Dios*, lo que no significaría libertad alguna, además de ser un auténtico despropósito, sino antes bien, dejarnos abandonados en la incongruencia del camino de la desobediencia y el caos.

Es de *la ley del pecado y de la muerte* de la que hemos sido liberados por la *Gracia de Dios*, por la que recibimos poder para andar con alegría en los *Mandamientos del Eterno*.

Consideremos el siguiente texto tan frecuentemente citado sólo parcialmente para tratar de justificar lo injustificable:

Romanos 8:1-4: “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu (Santo). Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte. Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu (Santo).”

La debilidad respecto a la *Santa Ley de Dios* no radica en la Ley, sino en nuestra debilidad por la naturaleza carnal, pecadora, para combatir la cual nos ha sido dada la soberana *Gracia de Dios* por el sacrificio expiatorio de Jesucristo.

De manera que *la ley del pecado y de la muerte*, por cuanto la paga del pecado es la muerte eterna, es la que ha sido abolida para cuantos estamos en Cristo Jesús Señor nuestro.

Ahora, “somos salvos por gracia, por medio de la fe; y esto no de nosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo

Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.” (Efesios 2:8-10).

Sin la Gracia de Dios como mecanismo para la reconciliación del hombre con Dios, siempre habría una inmensa tensión entre la *Libertad* que celebramos en *Pésaj*, en la *Pascua*, y el *Decálogo* que celebramos en *Shavuot*, en *Pentecostés*.

Conclusión:

Dios nuestro Señor, en su infinita sabiduría, al ordenar a Israel la cuenta del *Omer*, en esas siete semanas que median entre *Pésaj* y *Shavuot*, está dando a su pueblo la oportunidad de considerar detenidamente los períodos de la historia cuando la *Beit HaMikdash*, la *Casa de Santidad*, es decir, el *Templo de Jerusalem*, y su predecesor el *Mishkan*, el *Tabernáculo*, estaban disponibles para que el pueblo pudiera realizar la expiación de sus pecados, y así ver la necesidad de la *Gracia de Dios* para poder experimentar la verdadera libertad de la *Pascua*.

Los sabios antiguos de Israel, al mantener la cuenta del *Omer* como mandamiento rabínico, después de la desaparición de la *Casa de Santidad*, comprendieron que no le faltaría al pueblo, incluso en el exilio, la manera de hallar la expiación del pecado por la misericordia divina, por la que el Eterno nunca abandonaría a su pueblo, a su hijo.

Esto significa que bajo cualesquiera circunstancias se halle el pueblo de Israel en el curso de la historia, siempre encontrará mecanismos, por imperfectos que algunos pudieran ser, para beneficiarse de la expiación realizada por el *Hijo*, por *Jesús de Nazaret*, quien como *Hijo de Dios encarna al Dios de Israel para todas las naciones, y al Israel de Dios, pues ambas realidades son absolutamente concomitantes e inseparables*.

Romanos 11:11-12, 15-16: “Digo, pues: ¿Han tropezado los de Israel para que cayesen? En ninguna manera; pero por su transgresión vino la salvación a los gentiles, para provocarles a celos. Y si su transgresión es la riqueza del mundo, y su defección la riqueza de los gentiles, ¿cuánto más su plena restauración?... Porque si su exclusión es la reconciliación del mundo, ¿qué será su admisión, sino vida de entre los muertos? Si las primicias son santas, también lo es la masa restante; y si la raíz es santa, también lo son las ramas.”

Romanos 11:25-27, 32: “Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y luego todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sión el Libertador, que apartará de Jacob la impiedad. Y este será mi pacto con ellos, cuando yo quite sus pecados... Porque Dios sujetó a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos.”

“Baruj atá Adonay, Elo-heinu, Mélej HaOlam, asher Kideshanu Bemitzvotav Vetsivánu Al Sefirat HaOmer”.

“Bendito seas Tú, Señor, Dios nuestro, Rey del Universo, quien nos santifica mediante sus preceptos y nos ordenó la cuenta del *Omer*.”

Amén.

DIOS EN LA OSCURIDAD Y EN LA LUZ

“Y cuando ellos clamaron a YHVH, él puso oscuridad entre vosotros y los egipcios, e hizo venir sobre ellos el mar, el cual los cubrió; y vuestros ojos vieron lo que hice en Egipto. Después estuvisteis muchos días en el desierto.”

(Josué 24:7).

Introducción:

En el Libro del Éxodo 38:21-39:42 se nos rinden las cuentas de la construcción del *Tabernáculo del Testimonio*, las cuales vamos a recordar en este día y hora.

Éxodo 38:21-31:

“Estas son las cuentas del tabernáculo, del tabernáculo del testimonio, las que se hicieron por orden de Moisés por obra de los levitas bajo la dirección de Itamar hijo del sacerdote Aarón.

Y Bezaleel hijo de Uri, hijo de Hur, de la tribu de Judá, hizo todas las cosas que Jehová mandó a Moisés.

Y con él estaba Aholiab hijo de Ahisamac, de la tribu de Dan, artífice, diseñador y recamador en azul, púrpura, carmesí y lino fino.

Todo el oro empleado en la obra, en toda la obra del santuario, el cual fue oro de la ofrenda, fue veintinueve talentos y setecientos treinta siclos, según el siclo del santuario.

Y la plata de los empadronados de la congregación fue cien talentos y mil setecientos setenta y cinco siclos, según el siclo del santuario;

medio siclo por cabeza, según el siclo del santuario; a todos los que pasaron por el censo, de edad de veinte años arriba, que fueron seiscientos tres mil quinientos cincuenta.

Hubo además cien talentos de plata para fundir las basas del santuario y las basas del velo; en cien basas, cien talentos, a talento por basa.

Y de los mil setecientos setenta y cinco siclos hizo los capiteles de las columnas, y cubrió los capiteles de ellas, y las ciñó.

El bronce ofrendado fue setenta talentos y dos mil cuatrocientos siclos,

del cual fueron hechas las basas de la puerta del tabernáculo de reunión, y el altar de bronce y su enrejado de bronce, y todos los utensilios del altar,

las basas del atrio alrededor, las basas de la puerta del atrio, y todas las estacas del tabernáculo y todas las estacas del atrio alrededor.”

Éxodo 39:1-43:

“Del azul, púrpura y carmesí hicieron las vestiduras del ministerio para ministrar en el santuario, y asimismo hicieron las vestiduras sagradas para Aarón, como Jehová lo había mandado a Moisés.

Hizo también el efod de oro, de azul, púrpura, carmesí y lino torcido.

Y batieron láminas de oro, y cortaron hilos para tejerlos entre el azul, la púrpura, el carmesí y el lino, con labor primorosa.

Hicieron las hombreras para que se juntasen, y se unían en sus dos extremos.

Y el cinto del efod que estaba sobre él era de lo mismo, de igual labor; de oro, azul, púrpura, carmesí y lino torcido, como Jehová lo había mandado a Moisés.

Y labraron las piedras de ónice montadas en engastes de oro, con grabaduras de sello con los nombres de los hijos de Israel,

y las puso sobre las hombreras del efod, por piedras memoriales para los hijos de Israel, como Jehová lo había mandado a Moisés.

Hizo también el pectoral de obra primorosa como la obra del efod, de oro, azul, púrpura, carmesí y lino torcido.

Era cuadrado; doble hicieron el pectoral; su longitud era de un palmo, y de un palmo su anchura, cuando era doblado.

Y engastaron en él cuatro hileras de piedras. La primera hilera era un sardio, un topacio y un carbunco; esta era la primera hilera.

La segunda hilera, una esmeralda, un zafiro y un diamante.

12 La tercera hilera, un jacinto, una ágata y una amatista.

Y la cuarta hilera, un berilo, un ónice y un jaspe, todas montadas y encajadas en engastes de oro.

Y las piedras eran conforme a los nombres de los hijos de Israel, doce según los nombres de ellos; como grabaduras de sello, cada una con su nombre, según las doce tribus.

Hicieron también sobre el pectoral los cordones de forma de trenza, de oro puro.

Hicieron asimismo dos engastes y dos anillos de oro, y pusieron dos anillos de oro en los dos extremos del pectoral,

y fijaron los dos cordones de oro en aquellos dos anillos a los extremos del pectoral.

Fijaron también los otros dos extremos de los dos cordones de oro en los dos engastes que pusieron sobre las hombreras del efod por delante.

E hicieron otros dos anillos de oro que pusieron en los dos extremos del pectoral, en su orilla, frente a la parte baja del efod.

Hicieron además dos anillos de oro que pusieron en la parte delantera de las dos hombreras del efod, hacia abajo, cerca de su juntura, sobre el cinto del efod.

Y ataron el pectoral por sus anillos a los anillos del efod con un cordón de azul, para que estuviese sobre el cinto del mismo efod y no se separase el pectoral del efod, como Jehová lo había mandado a Moisés.

Hizo también el manto del efod de obra de tejedor, todo de azul,

con su abertura en medio de él, como el cuello de un coselete, con un borde alrededor de la abertura, para que no se rompiese.

E hicieron en las orillas del manto granadas de azul, púrpura, carmesí y lino torcido.

Hicieron también campanillas de oro puro, y pusieron campanillas entre las granadas en las orillas del manto, alrededor, entre las granadas;

una campanilla y una granada, otra campanilla y otra granada alrededor, en las orillas del manto, para ministrar, como Jehová lo mandó a Moisés.

Igualmente hicieron las túnicas de lino fino de obra de tejedor, para Aarón y para sus hijos.

Asimismo la mitra de lino fino, y los adornos de las tiaras de lino fino, y los calzoncillos de lino, de lino torcido.

También el cinto de lino torcido, de azul, púrpura y carmesí, de obra de recamador, como Jehová lo mandó a Moisés.

Hicieron asimismo la lámina de la diadema santa de oro puro, y escribieron en ella como grabado de sello: SANTIDAD A JEHOVÁ.

Y pusieron en ella un cordón de azul para colocarla sobre la mitra por arriba, como Jehová lo había mandado a Moisés.

Así fue acabada toda la obra del tabernáculo, del tabernáculo de reunión; e hicieron los hijos de Israel como Jehová lo había mandado a Moisés; así lo hicieron.

Y trajeron el tabernáculo a Moisés, el tabernáculo y todos sus utensilios; sus corchetes, sus tablas, sus barras, sus columnas, sus basas;

la cubierta de pieles de carnero teñidas de rojo, la cubierta de pieles de tejones, el velo del frente;

el arca del testimonio y sus varas, el propiciatorio;

la mesa, todos sus vasos, el pan de la proposición;

el candelero puro, sus lamparillas, las lamparillas que debían mantenerse en orden, y todos sus utensilios, el aceite para el alumbrado;

el altar de oro, el aceite de la unción, el incienso aromático, la cortina para la entrada del tabernáculo;

el altar de bronce con su enrejado de bronce, sus varas y todos sus utensilios, la fuente y su base;

las cortinas del atrio, sus columnas y sus basas, la cortina para la entrada del atrio, sus cuerdas y sus estacas, y todos los utensilios del servicio del tabernáculo, del tabernáculo de reunión;

las vestiduras del servicio para ministrar en el santuario, las sagradas vestiduras para Aarón el sacerdote, y las vestiduras de sus hijos, para ministrar en el sacerdocio.

En conformidad a todas las cosas que Jehová había mandado a Moisés, así hicieron los hijos de Israel toda la obra.

Y vio Moisés toda la obra, y he aquí que la habían hecho como Jehová había mandado; y los bendijo.”

Siguiendo las detalladas instrucciones de Dios nuestro Señor, Moisés levantó el *“Mishkan”*, *“Tabernáculo”*, y los sacerdotes fueron ungidos y consagrados: Leámoslo en Éxodo 40:1-33.

“Luego Jehová habló a Moisés, diciendo:

En el primer día del mes primero harás levantar el tabernáculo, el tabernáculo de reunión;

y pondrás en él el arca del testimonio, y la cubrirás con el velo.

Meterás la mesa y la pondrás en orden; meterás también el candelero y encenderás sus lámparas,

y pondrás el altar de oro para el incienso delante del arca del testimonio, y pondrás la cortina delante a la entrada del tabernáculo.

Después pondrás el altar del holocausto delante de la entrada del tabernáculo, del tabernáculo de reunión.

Luego pondrás la fuente entre el tabernáculo de reunión y el altar, y pondrás agua en ella.

Finalmente pondrás el atrio alrededor, y la cortina a la entrada del atrio.

Y tomarás el aceite de la unción y ungirás el tabernáculo, y todo lo que está en él; y lo santificarás con todos sus utensilios, y será santo.

Ungirás también el altar del holocausto y todos sus utensilios; y santificarás el altar, y será un altar santísimo.

Asimismo ungirás la fuente y su base, y la santificarás.

Y llevarás a Aarón y a sus hijos a la puerta del tabernáculo de reunión, y los lavarás con agua.

Y harás vestir a Aarón las vestiduras sagradas, y lo ungirás, y lo consagrarás, para que sea mi sacerdote.

Después harás que se acerquen sus hijos, y les vestirás las túnicas;

y los ungirás, como ungiste a su padre, y serán mis sacerdotes, y su unción les servirá por sacerdocio perpetuo, por sus generaciones.

Y Moisés hizo conforme a todo lo que Jehová le mandó; así lo hizo.

Así, en el día primero del primer mes, en el segundo año, el tabernáculo fue erigido.

Moisés hizo levantar el tabernáculo, y asentó sus basas, y colocó sus tablas, y puso sus barras, e hizo alzar sus columnas.

Levantó la tienda sobre el tabernáculo, y puso la sobrecubierta encima del mismo, como Jehová había mandado a Moisés.

Y tomó el testimonio y lo puso dentro del arca, y colocó las varas en el arca, y encima el propiciatorio sobre el arca.

Luego metió el arca en el tabernáculo, y puso el velo extendido, y ocultó el arca del testimonio, como Jehová había mandado a Moisés.

Puso la mesa en el tabernáculo de reunión, al lado norte de la cortina, fuera del velo,

y sobre ella puso por orden los panes delante de Jehová, como Jehová había mandado a Moisés.

Puso el candelero en el tabernáculo de reunión, enfrente de la mesa, al lado sur de la cortina,

y encendió las lámparas delante de Jehová, como Jehová había mandado a Moisés.

Puso también el altar de oro en el tabernáculo de reunión, delante del velo,

y quemó sobre él incienso aromático, como Jehová había mandado a Moisés.

Puso asimismo la cortina a la entrada del tabernáculo.

Y colocó el altar del holocausto a la entrada del tabernáculo, del tabernáculo de reunión, y sacrificó sobre él holocausto y ofrenda, como Jehová había mandado a Moisés.

Y puso la fuente entre el tabernáculo de reunión y el altar, y puso en ella agua para lavar.

Y Moisés y Aarón y sus hijos lavaban en ella sus manos y sus pies.

Cuando entraban en el tabernáculo de reunión, y cuando se acercaban al altar, se lavaban, como Jehová había mandado a Moisés.

Finalmente erigió el atrio alrededor del tabernáculo y del altar, y puso la cortina a la entrada del atrio. Así acabó Moisés la obra.”

Después se nos da una descripción de la nube que cubría el “*Mishkan*” de día y del fuego que ardía de noche, indicando que la presencia de Dios se encontraba allí: Éxodo 40:34-38.

“Entonces una nube cubrió el tabernáculo de reunión, y la gloria de Jehová llenó el tabernáculo.

Y no podía Moisés entrar en el tabernáculo de reunión, porque la nube estaba sobre él, y la gloria de Jehová lo llenaba.

Y cuando la nube se alzaba del tabernáculo, los hijos de Israel se movían en todas sus jornadas;

pero si la nube no se alzaba, no se movían hasta el día en que ella se alzaba.

Porque la nube de Jehová estaba de día sobre el tabernáculo, y el fuego estaba de noche sobre él, a vista de toda la casa de Israel, en todas sus jornadas.”

El Significado del “*Mishkán*”.

La voz “*Mishkan*” es la forma nominal del verbo “*shakan*”, “instalarse”, “posarse”, “habitar”, “levantar un campamento”.

Para muchos estudiosos, según el “*Dictionary of the Oriental Institute*”, de la Universidad de Chicago (1977), esta raíz hebrea se entronca en el pasado nómada de Israel con el sentido original de “*embrear*” o “*embetunar*” una tienda de campaña para impermeabilizarla o “*calafatear*” una embarcación, y se asocia en los escritos deuteronomícos a la presencia de Dios en un lugar escogido, pero no sedentario sino itinerante. De ahí su sentido de “*campamento*”, como referencia más a un lugar que a una estructura.

“*Shakán*” es una voz que aparece frecuentemente en la literatura ugarítica (Ugarit, ciudad-estado al norte de Siria), cuyo período de esplendor cubrió aproximadamente el período comprendido entre los años 1450 y 1190 a.C., y cuya lengua, junto con el fenicio, fueron los primeros alfabetos conocidos, formadores primigenios del alfabeto hebreo, de características cuneiformes y consonánticas.

Para los eruditos, la voz “*Mishkán*” hace referencia al “*Morador*” de la tienda, enfatizándose la naturaleza temporal del habitáculo. Su sentido no sedentario implica que el “*Morador*” tampoco lo es. Y esto da por tierra con el concepto griego de la “*omnipresencia divina*”, entendida filosóficamente como que “*Dios está en todas partes*”, idea muy cercana a los conceptos paganos del “*panteísmo*” y del “*animismo*”, frente al sentido bíblico-semítico de que “*no hay lugar donde Dios no pueda estar*”, de ahí que el hombre no puede huir de la Presencia Divina:

Salmo 139:7-12: “¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; y si en el Sheol hiciera mi estrado, he aquí, allí tu estás. Si tomare las alas del alba y habitare en el extremo del mar, aun allí me guiará tu mano, y me asirá tu diestra. Si dijere: Ciertamente las tinieblas me encubrirán; aun la noche resplandecerá alrededor de mí. Aun las tinieblas no encubren de ti, y la noche resplandece como el día; lo mismo te son las tinieblas que la luz.”

Así podemos aproximarnos con mayor comprensión al diálogo entre Moisés y el Eterno:

Éxodo 33:13-15: “Ahora, pues, si he hallado gracia en tus ojos, te ruego que me muestres ahora tu camino, para que te conozca, y halle gracia en tus ojos; y mira que esta gente es pueblo tuyo. Y él (YHVH) dijo: Mi presencia irá contigo, y te daré descanso. Y Moisés respondió: Si tu presencia no ha de ir conmigo, no nos saques de aquí.”

A nuestro castellano nos llega el término “*Tabernáculo*” de la voz latina “*tabernaculum*”, empleada para “*Mishkán*” en la *Biblia Vulgata Latina* de Jerónimo (347-420 d.C.), y cuyo sentido es el de “*tienda de campaña*”.

Aunque “*Tabernáculo*” es una pobre traducción de “*Mishkán*”, que sería mejor verter como “*Morada*”, conserva su vinculación al período del *pastoralismo no sedentario* de sus orígenes.

En la *Septuaginta* o *Versión Griega de los LXX* del Antiguo Testamento, la voz empleada para “*Mishkán*” es “*skené*”, término originalmente empleado para referirse al cobertizo en el que los sacerdotes griegos se cambiaban de indumentaria para realizar sus funciones en los rituales dionisiacos.

Después paso a significar “*escenario teatral*”. De ahí nos llega al castellano como “*escena*” y sus derivados.

Cuando Moisés hubo terminado la construcción del *Tabernáculo de Reunión*, la nube cubrió la tienda y la presencia del Señor llenó el Tabernáculo.

Moisés no pudo entrar porque la nube de la presencia de Dios se había establecido sobre él y lo había llenado.

Cuando la nube se levantaba sobre el Tabernáculo, los israelitas iniciaban su jornada, pero si ésta no se alzaba, permanecían en su campamento.

Algunas preguntas que nos hemos de hacer:

¿Cómo pensamos que se sentían los israelitas al contemplar la Presencia Divina que llenaba el Tabernáculo?

Algunas traducciones bíblicas, como es el caso de nuestra Reina-Valera, emplean el vocablo “*Gloria*”, otras usan el término “*Majestad*”, en lugar de “*Presencia*”, para traducir la voz hebrea original “*kavod*”.

¿Cambia en algo esta traducción alternativa el sentido del texto bíblico?

¿Por qué no pudo Moisés entrar en el Tabernáculo de Reunión?

¿Qué fue lo que realmente le impidió el acceso al Tabernáculo?

¿Cuál es el significado de la Presencia que aparecía en una nube y en el fuego?

¿Cuándo hemos visto estos símbolos con anterioridad en el Libro del Éxodo?

¿Porqué tuvo el Señor que darles a los israelitas un signo para que permanecieran acampados y para que emprendieran sus jornadas en el desierto hacia la tierra promisoría?

Éxodo 40:34: “Entonces una nube cubrió el tabernáculo de reunión, y la gloria de YHVH llenó el tabernáculo.”

Los sabios antiguos de Israel entendieron que la función del Tabernáculo fue la de crear un “*Sinaí*” portátil, un medio para que se mantuviera un canal de continua comunicación con Dios.

Al distanciarse del *Monte de la Revelación*, precisaban de un símbolo visible y tangible de la Presencia de Dios en su medio.

No es sorprendente que el mismo fenómeno que aconteció en Sinaí, y que se nos relata en Éxodo 24:15-17, vuelva a repetirse:

“Entonces Moisés subió al monte, y una nube cubrió el monte. Y la gloria (‘*kavod*’) de YHVH reposó sobre el monte Sinaí, y la nube lo cubrió por seis días; y al séptimo día llamó a Moisés de en medio de la nube. Y la apariencia de la gloria (‘*kavod*’) de YHVH era como un fuego abrasador en la cumbre del monte, a los ojos de los hijos de Israel.”

El fenómeno vuelve a producirse con ocasión de la dedicación del *Templo de Salomón*, según se registra en 1º Reyes 8:10-11:

“Y cuando los sacerdotes salieron del santuario, la nube llenó la casa de YHVH. Y los sacerdotes no pudieron permanecer para ministrar por causa de la nube; porque la gloria (‘kavod’) de YHVH había llenado la casa de YHVH.”

La nube de luz fue la señal manifiesta de la Presencia Divina.

Hemos de anhelar la Presencia Divina en nuestras vidas del mismo modo que la Presencia de Dios llenaba el Tabernáculo.

Todo el Tabernáculo se convirtió en un Santuario lleno del Amor de Dios y del anhelo del Señor por parte del pueblo hebreo, por cuanto el Santuario y todos sus utensilios procedieron de donaciones del pueblo como expresión de su amor y dependencia agradecida del Dios Eterno.

Como resultado, la Divina Presencia descansó sobre el Tabernáculo llenándolo todo.

Sin embargo, Moisés no podía entrar en el Tabernáculo de Reunión, si bien no sabemos si fue porque no se le permitió o porque él no se atrevió a hacerlo ante la llenura de la Presencia Divina, es decir, de la Luz Suprema.

Para *Ramban*, el cordobés *Rabí Moshé ben Maimón* (nacido en Córdoba en el 1135, y fallecido en El Cairo en el 1204 d.C.), Moisés no pudo acceder al Tabernáculo porque éste estaba lleno de la Presencia Divina, y no había espacio para nadie más, de ahí que Moisés sólo pudiera entrar en la nube cuando el Señor le llamaba.

El Tabernáculo representa el *Encuentro y la Presencia Divinas*, experiencias muy diluidas en la teología cristiana, donde o bien se dan por hecho o se olvidan, siendo substituidas por nuestros rituales de naturaleza más o menos litúrgica y sacramentalista.

Para muchos de los sabios antiguos de Israel, el “*Tabernáculo*” nos representa a cada uno de nosotros, sobre quienes hay momentos en los que la Luz brilla y otros en los que la nube oscurece; lo que no debe movernos a la desesperación por cuanto a la oscuridad siempre le seguirá la Luz.

Para el gran erudito hebreo *Nahum Mattathias Sarna* (1923-2005), quien dedicó toda su vida al estudio de Génesis y Éxodo, la nube permitía a los israelitas ser conscientes continuamente de la Presencia Divina.

Esta experiencia de la Presencia Divina parece haber casi desaparecido en medio del cristianismo establecido.

A diferencia de los antiguos israelitas, nuestros padres en la fe, a quienes se les concedió el don de experimentar a Dios con un realismo poderoso, nosotros nos hemos acostumbrado a no ver los grandes milagros que ellos contemplaron.

No vivimos la expectativa cotidiana del milagro. Nos pasan inadvertidos los milagros de Dios en nuestro medio, y no me refiero al medio eclesial, sino en medio de nuestro mundo, de nuestro entorno, de ahí la realidad del sentido de distancia respecto al Eterno que tantos experimentan y tan pocos confiesan.

Con demasiada frecuencia estamos tan atrapados en la necesidad de hallar pruebas, que nos pasan completamente inadvertidas las obras que Dios sigue haciendo en nuestro medio.

Hemos rechazado la mística hasta el punto de resultar casi imposible hallarla en el ambiente católico romano, de una naturaleza eminentemente sacramentalista, al igual que en el entorno protestante, de naturaleza racionalista y burguesa.

Hoy solamente hay ruido y muchas palabras, pero la relación con Dios y la búsqueda de su Divina Presencia no es de interés a la mayoría de los cristianos.

Podemos constatarlo considerando los temas de la inmensa mayoría de los libros en las estanterías de las librerías cristianas, los lemas de las convenciones, conferencias y simposios

denominacionales del protestantismo, así como los asuntos que importan a las conferencias episcopales del catolicismo romano y los sínodos de la ortodoxia, por no decir los asuntos que preocupan en las entidades que supuestamente nos representan ante el estado secular.

El cristianismo organizado, institucionalizado y canonizado no busca la Luz de la Divina Presencia, sino poder en este mundo, raíces estables en esta sociedad, reconocimiento de los estamentos seculares, y donde puede, incluso la unión de la cruz y la espada, del altar y el trono, lo cual no es nada nuevo.

Una religión en torno a Jesucristo y fraccionada en más de 22.150 denominaciones, según el *“World Census of Religious Activities”*, *“Censo Mundial de Actividades Religiosas”*, publicado por las *Naciones Unidas*, la mayoría de las cuales tienen su casa matriz en los Estados Unidos, principal exportador de sectas, según el *“Dictionary of Christianity in America”*, *“Diccionario de Cristiandad en América”*, no puede tener mucho en común con la Luz Divina, sino un efímero reflejo que se mantiene en algunos casos por la misericordia de Dios.

A quienes les hablamos de la Luz Divina, abren sus ojos como platos y nos miran con claros signos de sospecha de que se nos haya ido la mente, y a partir de ese momento nos incluirán en la lista de *“quijotes espiritualistas”* a quienes se nos ha secado la mollera, como al bueno de *Alonso Quijano*.

Creo que ha llegado el momento en que nos atrevamos a cambiar el prisma que empleamos para percibir a Dios.

Como Moisés, habrá momentos, como los ha habido en todos nosotros y en quienes nos han precedido, en que no podamos acercarnos intensamente a Dios, a veces por causa de obstáculos dentro de nosotros mismos, y en otras ocasiones por los obstáculos que el propio Señor pondrá delante de nosotros para que aprendamos a estar en nuestra oscuridad y así llegar a apreciar la luminosidad de la suya.

Sin embargo, hemos de tener siempre muy presente que la Divina Presencia será siempre una realidad, tanto en los momentos de Luz como en los de Oscuridad, por cuanto ambas están delante de Él, y lo trascendente es Su Presencia.

Nuestra labor ha de consistir en buscar, experimentar y apreciar la Divina Presencia en nuestras vidas siempre y en todo lugar, sabiendo que habrá momentos de mayor y de menor intensidad.

Recordemos que el día comienza con apenas una línea de leve luz crepuscular en el horizonte, que llegará a ser una blanca aurora que habrá de pasar por el zenit, cuando el Sol haya alcanzado su punto de mayor elevación para llenarlo todo de luz, para después disminuir su intensidad progresivamente hasta pasar por el crepúsculo vespertino y finalmente producirse la noche que a su vez será seguida por una nueva alborada.

Es interesante reparar en que cuando comenzamos el libro de Éxodo, los israelitas estaban esclavizados, siendo forzados a servir con dureza, en un plan de trabajo de esclavos y de exterminio de sus hijos; pero el Eterno nos muestra la intensa experiencia de la liberación de las tribus hebreas de debajo de la férrea garra del imperio faraónico.

Pero cuando termina el relato de *“Shemot”*, los *“Nombres”*, el *“Éxodo”*, la Presencia Divina es una constante para los israelitas:

Éxodo 40:38: “Porque la nube de YHVH estaba de día sobre el tabernáculo, y el fuego estaba de noche sobre él, a vista de toda la casa de Israel, en todas sus jornadas.”

Por eso es que Juan el Evangelista presenta al profeta Juan el Bautista en Juan 1:7 como el que “vino por testimonio, para que diese testimonio de la Luz, a fin de que todos creyesen por él.”

La Luz de la que Juan el Bautista da testimonio es la misma luz de la Presencia Divina del “*Mishkán*”.

Los pasajes en los que Jesús de Nazaret habla de sí mismo como Luz de Dios, son auténticamente impresionantes.

Juan 3:20: “Y esta es la condenación: que la Luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la Luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la Luz y no viene a la Luz, para que sus obras no sean reprendidas. Mas el que practica la verdad viene a la Luz, para que sea manifiesto que sus obras son hechas en Dios.”

Juan 12:36: “Entre tanto que tenéis la Luz, creed en la Luz, para que seáis hijos de Luz.”

Pero, sobre todo, hablar de Jesús como Luz de Dios es paladear las primeras palabras del prólogo del Evangelio de Juan:

Juan 1:4: “En Él (en el ‘Davar’, en el ‘Logos’, en la ‘Palabra de Dios’) estaba la vida, y la vida era la Luz de los hombres.”

Y en el versículo siguiente, se nos revela un gran misterio que necesitamos recuperar:

Juan 1:5: “La Luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella.”

El griego “*katélaben*”, que suelen traducir las versiones bíblicas occidentales por “*prevalecer*”, corresponde a la raíz verbal hebrea “*darak*”, cuyo sentido polisémico es el de “*dar alcance*”, “*detener*”, “*capturar*”, “*pisotear*” y “*trillar un texto hasta llegar a entender su significado*”.

Todo eso es lo que las tinieblas no pudieron ni podrán jamás hacer respecto a la Luz.

La Luz es un hecho glorioso que la revelación divina constata y que nos consuela, por cuanto entre la oscuridad (‘*skotia*’) y la injusticia (‘*adikia*’) hay una relación estrechísima, ya que en la “*injusticia*” no hay ninguna “*luz*”.

Lo que tiene lugar en la oscuridad es la nada absoluta, por cuanto la oscuridad es oscuridad porque Dios no ha sembrado nada en ella. Y toda la siembra de Dios es Luz. De ahí que las tinieblas no puedan entender a la luz. Y por eso es que sólo la Luz es fértil.

“*En el ‘Davar’ de Dios estaba la vida, y la vida era la Luz de los hombres.*” (Juan 1:4), lo que implica que si la Luz de Dios no fuera, no habría posibilidad alguna de redención para nadie, pues la propia existencia del hombre no habría sido ni podría ser.

Por eso en el versículo anterior se nos dice que “*Éste era en el principio con Dios. Todas las cosas por Él fueron hechas, y sin Él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.*” (Juan 1:3).

No hay existencia en ausencia del “*Davar*” de Dios, del “*Logos*”, del “*Verbo*”.

No hay “*vida*” fuera de la Palabra de Dios, por cuanto la vida es la entraña del “*Davar Divino*”.

Juan 1:1: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios.”

“*Prós tón Zeón*”, literalmente “*era con Dios*”, tiene el sentido de “*hacia alguien*”, caracterizado por el movimiento de acercamiento hacia la persona o cosa que lo gobierna.

Juan elige la voz “*prós*” para designar con un matiz especial la dirección, el procurar toda la dinámica de esa esencia que se llama el “*Verbo*”, la “*Palabra*”.

Es decir, “el Verbo era con Dios” significa que “el Davar Divino se dirigía a Dios”, insistiendo en la naturaleza de la Palabra Divina.

De ahí se desprende que “*nada de lo que ha sido hecho, fue hecho sin la Palabra de Dios*”, es decir, nada ha podido hallarse ni podrá ser hallado más allá de la voluntad divina.

La "Luz", el hebreo "or" y el griego "fos", individualiza el área o la persona a quienes la Luz está destinada a servir, a amar, por cuanto Dios es Luz y Dios es Amor.

Juan 1:9: "Aquella Luz verdadera, que alumbraba a todo hombre, venía a este mundo."

El prólogo del Evangelio según Juan nos sitúa en un contexto de victoria sobre las tinieblas, de la Luz sobre las sombras, de manera que "*kai e skotia autó ou katelaben*", "y las tinieblas no prevalecieron contra la Luz", podría traducirse por "y las tinieblas no pudieron hacer nada contra la Luz", o bien "y las tinieblas no pudieron detener a la Luz" o bien "y las tinieblas no la pudieron sujetar" o "no pudieron apagarla."

El Verdadero Santuario está en los Cielos.

La Epístola a los Hebreos contiene la revelación de la existencia del verdadero Tabernáculo, el Santuario Celestial, donde Jesús de Nazaret, hecho Señor y Cristo, es decir, Mesías Sufriente que vendrá como Mesías Triunfante, ministra por nosotros hasta el Día de su Segundo Adviento con poder y gran gloria:

Hebreos 8:1-2: "Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos, ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre."

Allí es donde Dios habita rodeado de la Luz de su gloriosa Presencia, Luz verdadera, de la que la presente en el Santuario Terrenal solamente era una figura anticipativa, una sombra de las realidades mismas:

1ª Timoteo 6:14-16: "Que guardes el mandamiento sin mácula ni reprensión, hasta la aparición de nuestro Señor Jesucristo, la cual a su tiempo mostrará el bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes y Señor de señores, el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el imperio sempiterno. Amén."

Cuando el Señor ordenó a Moisés construir el Tabernáculo, estas fueron las palabras de Dios:

Éxodo 25:40: "Mira y hazlos conforme al modelo que te ha sido mostrado en el monte."

Esto se repite en dos textos de los Hechos de los Apóstoles y de la Epístola a los Hebreos:

Hechos 7:44: "Tuvieron nuestros padres el tabernáculo del testimonio en el desierto, como había ordenado Dios cuando dijo a Moisés que lo hiciese conforme al modelo que había visto."

Hebreos 8:5: "Los cuales (los sacerdotes del orden levítico-aarónico) sirven a lo que es figura y sombra de las cosas celestiales, como se le advirtió a Moisés cuando iba a erigir el tabernáculo, diciéndole: Mira, haz todas las cosas conforme al modelo que se te ha mostrado en el monte."

Por lo tanto, el Santuario que Moisés levantó era una copia del verdadero Tabernáculo que está en los Cielos, del cual el Eterno había mostrado un modelo, una maqueta, en el monte:

Hebreos 9:11-12: "Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación, y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención."

La realidad del Santuario Celestial la vemos citada frecuentemente en el libro de Apocalipsis.

En el capítulo primero, Juan recibe la visión de nuestro Señor Jesucristo glorificado entre siete candeleros, que es pieza del mobiliario del Lugar Santo:

Apocalipsis 1:12-13: “Y me volví para ver la voz que hablaba conmigo; y vuelto, vi siete candeleros de oro, y en medio de los siete candeleros, a uno semejante al Hijo del Hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro.”

En Apocalipsis 8:3-4 se menciona también el altar del incienso:

“Otro ángel vino entonces y se paró ante el altar, con un incensario de oro; y se le dio mucho incienso para añadirlo a las oraciones de todos los santos, sobre el altar de oro que estaba delante del trono. Y de la mano del ángel subió a la presencia de Dios el humo del incienso con las oraciones de los santos.”

En Apocalipsis 11:19 se habla del Templo Celestial y del Arca del Pacto de Dios:

“Y el Templo de Dios fue abierto en el cielo, y el Arca de su Pacto se veía en el Templo.”

Y en Apocalipsis 15:5 vuelve a hablarse del *Templo del Tabernáculo del Testimonio*, alusión al tiempo final del Sacerdocio de Jesucristo antes de su Segunda Venida:

“Después de estas cosas miré, y he aquí fue abierto en el cielo el Templo del Tabernáculo del Testimonio.”

Estando en la tierra, Jesús no ministró en el Templo de Jerusalem, por cuanto no pertenecía a la casta sacerdotal levítico-aarónica, para lo cual hubiera tenido que ser el hijo primogénito varón de una familia de la tribu de Leví y descendiente de Aarón, mientras que Jesús era de la tribu de Judá.

El sacerdocio de Jesucristo perteneció al *orden de Melquisedec*:

Hebreos 6:19-20: “La esperanza puesta delante de nosotros, la cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo, donde Jesús entró por nosotros como precursor, hecho sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec.”

¿Por qué no quiso Dios que Jesús fuese hecho sacerdote del orden levítico-aarónico?

Para que Jesús ministrara en el Santuario del Cielo hasta el día de regresar a la tierra para buscar a los suyos, a los redimidos de todos los tiempos, cuantos vivieron y durmieron en la esperanza mesiánica.

Porque aquel sacerdocio no fue eterno, sino interrumpido por la muerte de los sacerdotes, mientras que el sacerdocio de Melquisedec es inmutable, y porque fue a Judá a quien se le dio el centro de autoridad:

Génesis 49:10-11: “No será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Siloh; y a él se congregarán los pueblos. Atando a la vid su pollino, y a la cepa el hijo de su asna, lavó en el vino su vestido, y en la sangre de uvas su manto.”

Hebreos 7:22-28: “Por tanto, Jesús es hecho fiador de un mejor pacto. Y los otros sacerdotes llegaron a ser muchos, debido a que por la muerte no podían continuar; mas éste, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable; por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos. Porque tal Sumo Sacerdote nos convenía: Santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos; que no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo; porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo. Porque la ley constituye sumos sacerdotes a débiles hombres, pero la palabra del juramento, posterior a la ley, al Hijo, hecho perfecto para siempre.”

Al no ser descendiente de Aarón, Dios le concede a Jesús un título mayor, el de ser hecho *Sumo Sacerdote del Orden de Melquisedec*, “*Rey de Salem*”, es decir, “*Rey de Paz*”,

“Sacerdote del Dios Altísimo”, a quien Abraham reconoce su máxima superioridad dándole diezmos de todo, y recibiendo su bendición.

Melquisedec dejó ante Abraham pan y vino, los símbolos del Nuevo Pacto, es decir, de la renovación de la Antigua Alianza; exactamente los mismos signos que nuestro Señor Jesucristo nos ha dejado en la renovación en su sangre, es decir, en su vida.

De ahí se desprende el mandamiento del Señor Jesús que el Apóstol Pablo nos recuerda en 1ª Corintios 11:23-26:

“Porque yo recibí del Señor lo que también os he enseñado: Que el Señor Jesús, la noche que fue entregado, tomó pan; y habiendo dado gracias, lo partió, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es partido; haced esto en memoria de mí. Asimismo tomó también la copa, después de haber cenado, diciendo: Esta copa es el Nuevo Pacto en mi sangre; haced esto todas las veces que la bebiereis, en memoria de mí. Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga.”

Es, pues, del sacerdocio de Melquisedec del que mediante Jesucristo, la raíz bendita de Abraham, podemos judíos y gentiles, como discípulos suyos participar de su sacerdocio.

Este Melquisedec, que aparece y desaparece súbitamente, sin dar referencias de su nacimiento ni de su muerte, de sus antepasados o descendientes, es descrito en el Salmo 110 como prototipo del Mesías:

Salmo 110:2-4: “YHVH enviará desde Sión la vara de tu poder; domina en medio de tus enemigos. Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder, en la hermosura de la santidad. Desde el seno de la aurora tienes tú el rocío de tu juventud. Juró YHVH y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec.”

Vemos aquí que el sacerdocio del orden de Melquisedec es por juramento, mientras que el levítico-aarónico era por herencia.

Como *Rey de Salem*, Melquisedec está íntimamente relacionado con la ciudad que conocemos como “Jerusalem”, “Yerushaláyim”, la cual curiosamente no aparece mencionada en la “Torá”, sino que lo hace por primera vez en el libro de Josué 10:1-2:

“Cuando Adonisedec rey de Jerusalem oyó que Josué había tomado a Hai, y que la había asolado (como había hecho a Jericó y a su rey, así hizo a Hai y a su rey), y que los moradores de Gabaón habían hecho paz con los israelitas, y que estaban entre ellos, tuvo gran temor; porque Gabaón era una gran ciudad, como una de las ciudades reales, y mayor que Hai, y todos sus hombres eran fuertes.”

“Yerushaláyim”, y más específicamente el *Monte del Templo*, fue el lugar donde Abraham estuvo a punto de sacrificar a su hijo Isaac. Y cuando el Ángel de YHVH intervino para impedir que Abraham descargara su cuchillo sobre el muchacho, Abraham decidió darle un nombre a aquel lugar:

Génesis 22:10-14: “Y extendió Abraham su mano y tomó el cuchillo para degollar a su hijo. Entonces el Ángel de YHVH (El Verbo Preencarnado) le dio voces desde el cielo, y dijo: Abraham, Abraham. Y él respondió: Heme aquí. Y dijo: No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único. Entonces alzó Abraham sus ojos y miró, y he aquí a sus espaldas un carnero trabado en un zarzal por sus cuernos; y fue Abraham y tomó el carnero, y lo ofreció en holocausto en lugar de su hijo. Y llamó Abraham el nombre de aquel lugar, YHVH-yiré (‘YHVH Proveerá’). Por tanto, se dice hoy: En el Monte de YHVH será provisto.”

Una mejor traducción sería “YHVH verá”, “Yiré”, “Él ve”, y nosotros como niños podemos tener absoluta confianza en nuestro Padre Eterno, quien ve y provee.

La esencia de la fe radica en el corazón, en nuestra plena confianza en Dios, en nuestra sumisa obediencia al Eterno entregándole nuestro corazón, es decir, nuestra conciencia.

Por eso es que la entrega de Abraham no sea intelectual ni racional, sino *suprarracional*, más allá de toda lógica humana. De ahí se desprende nuestra insatisfacción ante la degeneración de la fe en mera creencia intelectual dentro del cristianismo organizado e invadido por la filosofía griega; la fe que sólo es adscripción a un credo o una confesión expresada en términos abstractos, que la mayoría de las veces no son comprendidos por casi nadie; una fe a millones de años-luz de la fe “*emuná*”, que erróneamente suele traducirse por “*fe*”, olvidando que no es “*creencia*”, sino “*fidelidad*”, “*lealtad*” a lo *verdadero*, no a lo *imaginario*.

Ahora bien, ¿cómo fue llamada la ciudad levantada en aquel lugar después de que Abraham la llamara “*Yiré*”?

Para descubrir esto tenemos que remontarnos a unos capítulos atrás, donde nos encontramos con el rescate que Abraham hizo de su pariente Lot, y el encuentro con Melquisedec, Rey de Salem, quien le puso delante, como hemos visto, pan y vino.

Para muchos de los sabios antiguos de Israel, aquel Melquisedec era el propio *Shem*, hijo de Noé, y *Salem* (“*Shalem*”) era el mismo lugar que Abraham denominaría “*Yiré*”. De ahí que Jerusalem fuera llamada “*Yiré Shalem*”, “*Yerushaláyim*”.

Existe una tradición bastante poco conocida que afirma que *Shem* fue el primer erudito de la “*Torá*”. Fundó una escuela en la que sus discípulos aprendieron los misterios de la Creación, los aspectos ocultos de la santidad en el caminar del hombre con Dios, misterios que le fueron revelados por el Espíritu Santo y que después serían incluidos en la “*Torá Escrita*”.

Shem sería considerado el portador de las enseñanzas divinas que comenzaron con Adam. Por eso fue conocido por muchos de los sabios antiguos de Israel con el sobrenombre de “*Cohén Gadol shel Olam*”, “*Gran Sacerdote del Universo*”, por cuanto se sumió en los conocimientos que le fueron transmitidos por sus ancestros.

El Midrash Génesis Rabbah 56:10 (“*Midrash*”, de la raíz “*darash*”, “*inquirir*”, “*investigar*”, “*estudiar*”), colecciones de historias homiléticas de los sabios rabínicos para explicar los textos difíciles de las Escrituras), aporta un bello vislumbre de lo que venimos sugiriendo:

“Dijo el Santo -¡bendito sea!- si llamo a este lugar ‘*Yiré*’, como hizo Abraham, el justo *Shem* se ofendería. Sin embargo, si me refiero a este lugar como ‘*Shalem*’, el justo Abraham también se ofendería. Por eso lo llamaré ‘*Yerushalaim*’ con el nombre que contendrá la manera en que ambos lo denominaron: ‘*Yiré Shalem*’.”

En un nivel más profundo, “*Yiré Shalem*” presenta un significado alternativo: “*Temor Reverencial*”, por cuanto Jerusalem no es simplemente una ciudad antigua sobre una colina, ni un mero punto geográfico en un mapa como destino del turismo religioso, sino que como enseñaron los antiguos místicos hebreos, se trata de un lugar especial dentro de todos y cada uno de nosotros en el cual podemos sentirnos uno con Dios mediante una profunda sintonización con su Divina Presencia, esa Luz que alumbra a todo hombre. (Rabí Schneur Zalman, de Liadi, Likutei Torá, Parashat Pekudei 4 a).

Jesucristo es el Sumo Sacerdote Eterno que nos convenía.

Así lo afirma el texto de la Carta a los Hebreos 7:26:

“Porque tal Sumo Sacerdote nos convenía: Santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos.”

Jesús, el Verbo Encarnado, el que se transfiguró ante sus discípulos Pedro, Jacobo y Juan en un monte alto, resplandeciendo su rostro como el sol y sus vestidos blancos como la luz (Mateo 17:1-8), es quien intercede por nosotros en el Santuario Celestial, ante el trono de la Majestad en las Alturas.

Él es quien vino para hacer la voluntad de su Padre Dios y Padre nuestro:

Hebreos 10:5-10: “Por lo cual, entrando en el mundo, dice:

Sacrificio y ofrenda no quisiste; mas me preparaste cuerpo.

Holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron.

Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de mí.

Diciendo primero: Sacrificio y ofrenda y holocaustos y expiaciones por el pecado no quisiste, ni te agradaron (las cuales cosas se ofrecen según la ley), y diciendo luego: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad; quita lo primero, para establecer esto último.

En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre.”

Mientras funcionó el *Santuario Terrenal*, y se llevaron a afecto los sacrificios de los animales, tanto en el Santuario itinerante como en el Templo de Jerusalem, no tuvimos noticias del *Santuario Celestial*, el verdadero, el no hecho de manos humanas, por no pertenecer a esta Creación; pero después de la muerte, resurrección de entre los muertos y ascensión de Jesucristo resucitado al seno del Padre, y se rompe el velo del Templo de Jerusalem, comienza una nueva era que la Sagrada Escritura llama el “*Pacto Renovado*”, la “*Renovación de la Alianza*”. Y a partir de ese momento, el Templo terrenal queda ensombrecido:

Hebreos 9:20-28: “Esta es la sangre del Pacto que Dios os ha mandado. Y además de esto, Moisés roció también con la sangre el Tabernáculo, y todos los vasos del ministerio. Y casi todo es purificado, según la ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no se hace remisión. Fue, pues, necesario que las figuras de las cosas celestiales fuesen purificadas así; pero las cosas celestiales mismas, con mejores sacrificios que estos. Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios, y no para ofrecerse muchas veces, como entra el sumo sacerdote en el Lugar Santísimo cada año con sangre ajena. De otra manera le hubiera sido necesario padecer muchas veces desde el principio del mundo; pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio del pecado. Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio, así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan.”

Inmediatamente después de su ascensión a la *Casa del Padre*, para recibir la gloria que tuvo con Él como el Verbo antes de su encarnación, Cristo Jesús recibió la unción del Espíritu Santo para derramarla sobre los suyos.

El momento del derramamiento del Santo Consolador en aquel día de *Shavuot*, *Pentecostés*, fue la señal en esta tierra de que Cristo estaba siendo glorificado en la eternidad en los Cielos. Así lo había profetizado el propio Señor Jesús:

Juan 7:37-39: “En el último y gran día de la fiesta (“Sucot”, “Tabernáculos”, Levítico 23:36), Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado.”

Y así había sido anteriormente anunciado por el profeta Zacarías:

Zacarías 14:8: “Acontecerá también en aquel día, que saldrán de Jerusalem aguas vivas.”

Y el Apóstol Pedro anuncia la unción de Jesucristo con el Espíritu Santo en su discurso de aquel día de Pentecostés, después de la Pascua y la Pasión de Jesús:

Hechos 2:29-35: “Varones hermanos, se os puede decir libremente del patriarca David, que murió y fue sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy. Pero siendo profeta, y sabiendo que con juramento Dios le había jurado que de su descendencia, en cuanto a la carne, levantaría al Cristo para que se sentase en su trono, viéndolo antes, habló de la resurrección de Cristo, que su alma no fue dejada en el Hades, ni su carne vio corrupción. A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Así que, exaltado (Jesús)

por la diestra de Dios, y habiendo recibido (Jesús) del Padre la promesa del Espíritu Santo, (Jesús) ha derramado esto que vosotros veis y oís. Porque David no subió a los cielos; pero él mismo dice: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies. Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo ('Kyrión kai Jristón')."

Del mismo modo que el Sumo Sacerdote del orden levítico-aarónico era asistido en el Santuario Terrenal por veinticuatro sacerdotes, el Apóstol Juan ve a veinticuatro ancianos sirviendo al Cordero de Dios en el Santuario Celestial:

Apocalipsis 4:1-4, 10-11: "Después de esto miré, y he aquí una puerta abierta en el cielo; y la primera voz que oí, como de trompeta, hablando conmigo, dijo: Sube acá, y yo te mostraré las cosas que sucederán después de estas. Y al instante yo estaba en el Espíritu; y he aquí, un trono establecido en el cielo, y en el trono, uno sentado. Y el aspecto del que estaba sentado era semejante a piedra de jaspe y de cornalina; y había alrededor del trono un arco iris, semejante en aspecto a la esmeralda. Y alrededor del trono había veinticuatro tronos; y vi sentados en los tronos a veinticuatro ancianos, vestidos de ropas blancas, con coronas de oro en sus cabezas... Los veinticuatro ancianos se postraron delante del que está sentado en el trono, y adoran al que vive por los siglos de los siglos, y echan sus coronas delante del trono, diciendo: Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas."

Cristo, sentado a la diestra del Padre, como reflejo de la Deidad e imagen misma de la substancia divina, oficia por nosotros en el Santuario Celestial como Sumo Sacerdote del orden de Melquisedec, rodeado por la Luz inaccesible de las realidades espirituales mismas, de las cuales el resplandor del Santuario Terrenal sólo fue una figura y sombra.

El Cristo glorificado prepara lugar para nosotros en la Casa del Padre, en la Jerusalem Celestial.

Antes de darles la promesa del Santo Consolador, Jesús les dijo:

Juan 14:1-3: "No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis."

Jesús no habla de un estado espiritual, sino de un lugar, la Casa del Padre, donde hay muchas moradas.

1ª Tesalonicenses 4:16-5:6: "Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras. Pero acerca de los tiempos y de las ocasiones, no tenéis necesidad, hermanos, de que yo os escriba. Porque vosotros sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá así como ladrón en la noche; que cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta, y no escaparán. Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón. Porque vosotros sois hijos de luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas. Por tanto, no durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios."

Cuando entremos en la Ciudad de Dios, la Nueva Jerusalem, nuestro Señor nos conferirá a sus hermanos menores la corona de victoria:

Apocalipsis 2:10: "Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida."

Habiendo sido trasladados de la tierra a los Cielos, seremos contados como primicias para Dios y para el Cordero:

Apocalipsis 15:2-5: "Vi también como un mar de vidrio mezclado con fuego; y a los que habían alcanzado la victoria sobre la bestia y su imagen, y su marca y el número de su nombre, en pie

sobre el mar de vidrio, con las arpas de Dios. Y cantan el cántico de Moisés siervo de Dios, y el cántico del Cordero, diciendo: Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos. ¿Quién no te temerá, oh Señor, y glorificará tu nombre? Pues sólo tú eres Santo; por lo cual todas las naciones vendrán y te adorarán, porque tus juicios se han manifestado. Después de estas cosas miré, y he aquí fue abierto en el cielo el templo del tabernáculo del testimonio.”

Nuestro lenguaje humano se queda muy corto para expresar el valor de nuestra herencia inmortal.

Naturalmente, el pueblo de Dios no podemos recibir la plenitud del Reino de Dios antes de que se realice el Advenimiento personal de Jesucristo hecho Señor y Mesías.

En nuestro estado actual somos mortales y corruptibles, pero el Reino de Dios será incorruptible y sempiterno. Por eso es que ahora no podemos entrar en la plenitud del Reino, pero cuando Cristo venga concederá inmortalidad a su pueblo, y nos llamará a poseer el Reino preparado para nosotros y para todos cuantos vivieron y durmieron en la esperanza mesiánica.

Así es como podemos comprender que la *Iglesia es la Embajada del Reino de Dios*, escuela de preparación y columna y baluarte de la verdad.

Mediante la bendita Persona del Espíritu Santo, Dios realiza una transformación moral en las vidas de quienes componemos su pueblo, ganado al precio de la sangre, de la vida, de Jesús de Nazaret.

Cuando el sonido de la trompeta de Dios, el “*Shofar*”, el “*cuerno de carnero*”, llegue a los oídos de cuantos duermen en Cristo, éstos saldrán a la nueva vida, revestidos del ropaje de salvación, es decir, la incorruptibilidad y la inmortalidad:

Daniel 12:1-3: “En aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que está de parte de los hijos de tu pueblo; y será tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces; pero en aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se hallen escritos en el libro. Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua. Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad.”

Isaías 33:17: “Tus ojos verán al Rey en su hermosura; verán la tierra que está lejos.”

Isaías 33:24: “No dirá el morador: Estoy enfermo; al pueblo que more en ella le será perdonada la iniquidad.”

1ª Corintios 15:21-23, 53-54: “Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Porque así como en Adam todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida... Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria.”

Apocalipsis 21:3-4: “Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo; y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron.”

Conclusión:

Si la maldición cayó sobre el hombre por su desobediencia, la bendición eterna descansará sobre nosotros si permanecemos fieles a nuestro Señor y Redentor Jesucristo, la Luz del mundo.

Amén.

PÉSAJ, FIESTA DE LIBERTAD

“Guardarás el mes de Abib, y harás Pascua a YHVH tu Dios, porque en el mes de Abib te sacó YHVH tu Dios de Egipto, de noche.”

(Deuteronomio 16:1).

Introducción:

Por la triste ruptura con la fe de Israel, la mayoría de los cristianos estamos acostumbrados a ver equivocadamente muchas de las enseñanzas del Mesías Jesús como elementos de una nueva religión.

Dos de los ejemplos más sencillos que podemos considerar son el bautismo introducido por el gran profeta Juan el Bautista, el cual, visto desde la perspectiva hebrea no es ningún elemento “nuevo”, sino uno establecido siglos atrás.

El “*bautismo*”, se realizaba como “*mikveh*”, rito bautismal de purificación, al sur del Templo de Jerusalem, cerca de las puertas de Huldah, y data de los días de Jesús entre nosotros.

El lugar estuvo cubierto por tierra hasta que fue descubierto y excavado. Esta prueba arqueológica demuestra que el bautismo no comenzó con la predicación de Juan el Bautista.

Este “*mikveh*” era utilizado para varios lavamientos diferentes, pero ninguno para quitar la inmundicia de la carne, sino para una buena conciencia delante de Dios:

1ª Pedro 3:21: “El bautismo que corresponde a esto ahora nos salva (no quitando las inmundicias de la carne, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios) por la resurrección de Jesucristo, quien habiendo subido al cielo está a la diestra de Dios; y a él están sujetos ángeles, autoridades y potestades.”

El “*mikveh*” no fue inventado por el hombre, sino por ordenación divina, y había varios “*bautismos*”, como, por ejemplo, para las mujeres al completar su ciclo menstrual. Este “*mikveh*” podía realizarse en casa, y es el origen de las tinajas para agua en las que nuestro Señor Jesucristo convirtió el agua en vino en aquella boda a la que asistió invitado junto a su madre y a los primeros discípulos:

Juan 2:6: “Y estaban allí seis tinajas de piedra para agua, conforme al rito de la purificación de los judíos, en cada una de las cuales cabían dos o tres cántaros.”

La voz hebrea “*mikveh*” hace referencia a la reunión de todas las aguas, y es un término que surge del registro de la Creación del Universo, cuando Dios juntó las aguas:

Génesis 1:9: “Dijo también Dios: Júntense las aguas que están debajo de los cielos en un lugar, y descúbrase lo seco. Y fue así.”

Por eso los sabios antiguos de Israel enseñaron que cuando el pueblo de Israel cruzaron el Mar Rojo en el camino de la tierra prometida, aquello fue un “*mikveh*”.

Esta es la razón por la que cuando un gentil quería abrazar la fe de Israel, tenía que someterse al “*mikveh*” como señal de que estaba cruzando de la gentilidad a la pertenencia al pueblo de la promesa, de los ídolos mudos al Dios Vivo y Creador del Universo, de la vida vana a la vida plena en Dios. Cada converso debía hacer la misma confesión que Rut: “*Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios será mi Dios*” (Rut 1:16).

Por consiguiente, el bautismo neotestamentario tiene su origen en el “*mikveh*” hebreo. Del mismo modo que la última cena de nuestro Señor no es sino la celebración de *Pésaj*, la Pascua, en la que Jesús como Cordero traería la salvación:

1ª Corintios 11:26: “Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga.”

1ª Corintios 5:7-8: “Limpiaos, pues, de la vieja levadura, para que seáis nueva masa, sin levadura, como sois, porque nuestra Pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros. Así que celebremos la fiesta, no con la vieja levadura, ni con la levadura de malicia y de maldad, sino con panes sin levadura, de sinceridad y de verdad.”

El Sentido de las Fiestas de Dios para Israel.

Aunque en este estudio vamos a centrarnos en Pésaj, la Pascua, Fiesta de Libertad, el comienzo del camino de la oscuridad a la Luz, y creemos que es imprescindible tratar primeramente del sentido de las festividades dadas por Dios a su pueblo.

Todas las fiestas solemnes de YHVH fueron establecidas primeramente para Israel, pero también todas ellas poseen un sentido universal, comenzando con el *Shabat*, Día de Reposo, que encabeza la relación de las solemnidades en Levítico 23.

Para el Rabí Shaul, latinizado Saulo, y cuyo nombre romano era Paulus, por el que todos lo conocemos como Pablo, nos dice en Colosenses 2:16-17 que las viandas, las fiestas del Mesías, los días de luna nueva y el *Shabat* son sombra de lo porvenir:

“Por tanto, nadie os juzgue en comida o en bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o días de reposo, todo lo cual es sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo.”

Observemos que Pablo no dice “sombra de lo que ya ha venido”, sino “de lo que ha de venir”. Bajo la gracia del Mesías y la dirección de su presencia en nosotros por la bendita Persona del Espíritu Santo, podemos observar que todas las fiestas solemnes de Dios dan testimonio del Mesías Sufriente, que ya vino, y apuntan al Mesías Triunfante que habrá de venir. Es decir, de Jesús de Nazaret, quien ya vino, y quien vendrá como Cristo Glorificado en el Gran Día de Dios, nuestra esperanza bienaventurada.

Ahora bien, por desgracia en la cristiandad gentil se nos ha acostumbrado a contemplar la “sombra” como algo negativo, como si nos privara de ver lo que vendrá. Sin embargo, en las Sagradas Escrituras, cuando la sombra es de parte de Dios, ésta tiene más que ver con el anuncio de lo que vendrá, como cuando el sol alumbraba nuestras espaldas y nuestra sombra se proyecta y toca la tierra por delante de nosotros.

Aquí conviene tener presente que en hebreo hay dos palabras que traducimos al castellano y las demás lenguas occidentales como “fiesta”.

En Levítico 23:2, la voz que se traduce por “fiesta” es “moed”, cuyo sentido es el de “una cita, un ciclo o año, una asamblea, un tiempo señalado, una hora o un tiempo exacto”. Por eso los sabios antiguos de Israel entendieron que mediante estas solemnidades Dios estaba estableciendo una cita con todos cuantos quisieran honrar Su Nombre. Hay, pues, una apertura a la participación de los gentiles en dichas festividades.

No es un hecho casual ni fortuito cuando Jesús llega al mundo, cuando el Verbo, “*Davar de Elohim*”, “fue hecho carne y habitó entre nosotros” (Juan 1:14), sino que lo hace en el momento exacto:

Gálatas 4:4: “Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley.”

La segunda palabra hebrea para “fiesta” es la que aparece en Levítico 27:7, y es “jag”, que se deriva del verbo “jagag”, y cuyo significado es “moverse en círculo, desfilar en procesión, conmemorar, danzar y celebrar una festividad solemne”.

Es evidente que Dios nuestro Señor da las fiestas como ciclos para que sean observadas todos los años con la finalidad de que al cumplirlas podamos ver el plan de redención del Eterno para el mundo, el papel de *HaMashiaj*, el Mesías, en esa redención, y nuestra relación personal con el Bendito.

Dios nunca dio las fiestas solemnes con la intención de que al guardarlas obtuviéramos la salvación del juicio venidero, por cuanto ésta viene por la *emuná*, es decir, por la fidelidad al Señor, por el acto de fiarnos de Dios con todo nuestro corazón, el hebreo “*lev*”, cuya raíz es “grano desnudo”.

¿De qué serviría cumplir todas las festividades si nuestro corazón no estuviera redimido, rescatado? ¿De qué serviría ser oidores de la Ley pero no hacedores? ¿De qué serviría alabar a Dios con nuestros labios, si nuestro corazón estuviera lejos de Él?

Es evidente que Dios da las fiestas solemnes para aportar historicidad a nuestra fe, no mediante voluminosos tratados teológicos, que sólo alcanzarían a unos pocos privilegiados y dotados de capacidad para el estudio profundo, sino a través de celebraciones populares, sencillas y accesibles a todos. De ese modo todos podemos comprender el plan redentor de nuestro Padre Eterno, nuestra vida puede tomar un nuevo sentido, y vincular la historicidad de la fe a la Creación y la Naturaleza.

De acuerdo con *Va-Yikrá* (“Y llamó...”) Levítico 23, las fiestas solemnes son:

Pésaj, la Pascua (Levítico 23:5).

Matzot, los Panes sin Levadura (Levítico 23:6).

Yom Bikurim, Día de los Primeros Frutos (Levítico 23:10-11).

Shavuot, Semanas, (Pentecostés), (Levítico 23:15-16).

Yom Teruah, Día de las Trompetas (Levítico 23:24).

Yom Kipur, Día del Perdón (Levítico 23:27).

Sukot, Cabañas (Tabernáculos), (Levítico 23:33-34).

Las primeras cuatro festividades (*Pésaj*, *Matzot*, *Yom Bikurim* y *Shavuot*) enseñan sobre el Primer Adviento del Mesías, como Mesías Sufriente, mientras que las tres restantes nos instruyen acerca de los acontecimientos de los tiempos del Segundo Adviento del Mesías, como Mesías Triunfante.

El Mesías se presenta como la “*lluvia temprana y la tardía*”. Su Primera Venida en carne humana se presenta como la “*lluvia temprana*”, primaveral, mientras que la Segunda Venida de Cristo Glorificado se presenta como la “*lluvia tardía*”, otoñal:

Oseas 6:3: “Y conoceremos, y proseguiremos en conocer a YHVH; como el alba está dispuesta su salida, y vendrá a nosotros como la lluvia, como la lluvia tardía y temprana a la tierra.”

Joel 2:23: “Vosotros también, hijos de Sión, alegraos y gozaos en YHVH vuestro Dios; porque os ha dado la primera lluvia a su tiempo, y hará descender sobre vosotros lluvia temprana y tardía como al principio.”

Así podemos ver el ciclo perfecto que nos instruye acerca de nuestra relación con Él. Por eso creemos que el estudio de las fiestas solemnes dadas por Dios a su pueblo es de gran importancia para todo el pueblo de Dios.

Tristemente, por la insistencia en el enfrentamiento entre la Ley y la Gracia, y la ruptura entre los seguidores de Jesucristo y la fe de Israel, olvidando que la fe de Jesús es la fe hebrea, nos han inducido a pensar que las fiestas solemnes dadas por Dios a su pueblo fueron eliminadas por la Gracia en la que vivimos.

Cuando analizamos meticulosamente el sentido de las fiestas solemnes dadas por Dios, podemos fácilmente constatar que todas ellas fueron otorgadas para nuestra instrucción sobre la historia de la salvación: La muerte, sepultura, resurrección y ascensión del Mesías; el derramamiento del Espíritu Santo; la resurrección de los muertos; la tribulación y el Segundo Adviento de nuestro bendito Señor y Salvador Jesucristo; su coronación y boda, así como el establecimiento de su Reino en toda plenitud, hasta la consumación de los siglos, cuando Dios será todo en todos.

El Inicio de *Pésaj*, la Pascua, Fiesta de nuestra Liberación.

El inicio de *Pésaj* está en Egipto, bajo cuyo imperio las tribus hebreas se convirtieron en pueblo cautivo. Clamaron al Eterno pidiéndole se acordara de las promesas hechas a los patriarcas, Abraham, Isaac y Jacob. El Padre Eterno escuchó la súplica del pueblo y llamó y envió a un Libertador, *Moshé*, Moisés, y la promesa hecha a los patriarcas y matriarcas le fue reivindicada.

Curiosamente, la primera petición que Dios le ordena a Moisés que presente a Faraón fue simplemente que les permitiera salir al desierto tres días de camino para ofrecer sacrificios al Creador Eterno:

Éxodo 3:18: “Y oirán tu voz; e irás tú, y los ancianos de Israel, al rey de Egipto, y le diréis: YHVH el Dios de los hebreos nos ha encontrado; por tanto, nosotros iremos ahora camino de tres días por el desierto, para que ofrezcamos sacrificios a YHVH nuestro Dios.”

El Faraón se negó a esta petición, después vinieron las plagas, y a duras penas accedió a dejarlos salir. Ellos marcharon con los despojos de los egipcios, llegaron a las orillas del Mar Rojo el día 16 de Aviv (Nisán), es decir, tres días después de *Pésaj*.

El cordero de la Pascua había sido sacrificado el día 14 de Aviv (Nisán), y el pueblo había salido de Egipto antes de la medianoche, en la tarde del día 15, después de que el ángel exterminador golpeará a los primogénitos de los egipcios. Entonces fue cuando Faraón, al ver que el pueblo de Israel estaba atrapado frente al mar optó por aniquilarlos y envió a su ejército a perseguirlos (Éxodo 14:1-9).

Naturalmente, los hijos de Israel se sintieron amedrentados, pero Moisés les dijo las palabras registradas en *Shemot*, “*las Palabras*”:

Éxodo 14:13-14: “Y Moisés dijo al pueblo: No temáis; estad firmes, y ved la salvación (‘yeshuat’) que YHVH hará hoy con vosotros; porque los egipcios que hoy habéis visto, nunca más para siempre los veréis. YHVH peleará por vosotros, y vosotros estaréis tranquilos.”

Por el poder inmenso del Eterno, el Mar Rojo se dividió en dos, y los hijos de Israel cruzaron en seco. Precisamente “*partir en dos mitades y pasar por en medio*”, como ya hemos citado, es el origen de la voz “*brit*”, es decir, “*pacto*” o “*alianza*”. Los egipcios que les perseguían perecieron ahogados (Éxodo 14:26-28; 15:4-9).

La Sagrada Escritura nos dice que “*la diestra del Todopoderoso destruyó a los egipcios.*” (Éxodo 15:6, 12). Aquí es interesante considerar que “*la diestra*” o “*la mano derecha*” es un hebraísmo para referirse al Mesías, como podemos constatar en los siguientes textos:

Salmos 44:3: “Porque no se apoderaron de la tierra por su espada, ni su brazo los libró; sino tu diestra, y tu brazo, y la luz de tu rostro, porque te complaciste en ellos.”

Salmo 48:10: “Conforme a tu nombre, oh Dios, así es tu loor hasta los fines de la tierra; de justicia está llena tu diestra.”

Salmo 63:8: “Está mi alma apegada a ti; tu diestra me ha sostenido.”

Salmo 74:9-11: “No vemos ya nuestras señales; no hay más profeta, ni entre nosotros hay quien sepa hasta cuándo. ¿Hasta cuándo, oh Dios, nos afrentará el angustiador? ¿Ha de blasfemar el enemigo perpetuamente tu nombre? ¿Por qué retraes tu mano? ¿Por qué escondes tu diestra en tu seno?”

Salmo 89:13: “Tuyo es el brazo potente; Fuerte es tu mano, exaltada tu diestra.”

Salmo 98:1: “Cantad a YHVH cántico nuevo, porque ha hecho maravillas; su diestra lo ha salvado, y su santo brazo. YHVH ha hecho notoria su salvación (‘yeshúa’). A vista de las naciones ha descubierto su justicia.”

Salmo 110:1: “YHVH dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.”

Salmo 118:16: “La diestra de YHVH es sublime; la diestra de YHVH hace valentías.”

Salmo 138:7: “Si anduviere yo en medio de la angustia, tú me vivificarás; contra la ira de mis enemigos extenderás tu mano, y me salvará tu diestra.”

Isaías 41:10: “No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré; siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia.”

Isaías 62:8-9: “Juró YHVH por su mano derecha, y por su poderoso brazo: Que jamás daré tu trigo por comida a tus enemigos, ni beberán los extraños el vino que es fruto de tu trabajo; sino que los que lo cosechan lo comerán, y alabarán a YHVH; y los que lo vendimian, lo beberán en los atrios de mi santuario.”

Hechos 5:30-32: “El Dios de nuestros padres levantó a Jesús, a quien vosotros matasteis colgándole en un madero. A éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados. Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas, y también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen.”

Recordemos que el pueblo de Israel había llegado a Egipto en los días de José, cuando se había producido una terrible hambruna en Israel. Pasó el tiempo e Israel creció y prosperó en Egipto, llegando a convertirse a los ojos del imperio faraónico en una posible amenaza. Esa fue la causa por la que el estado imperialista egipcio decidió someterlos bajo esclavitud y un plan de exterminio de sus hijos.

Espiritualmente hablando, el Faraón es una figura de Satanás -¡Dios le reprenda!- al igual que todos los déspotas que han presidido todos los imperios -pasados, presentes y el futuro del final los tiempos- que se han dado en el curso de la historia.

Por eso es que la muerte y resurrección del Mesías, prefigurada por el Cordero Pascual, rompe la propiedad del maligno sobre nuestras vidas, y somos libres para entrar en la tierra promisoría y gozar de sus promesas:

Juan 1:29: “El siguiente día vio Juan (el Bautista) a Jesús que venía a él, y dijo: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.” (vv. 35-36).

Jesús es nuestra Pascua, como ya hemos visto en 1ª Corintios 5:7.

Los discípulos de Jesús de Nazaret somos la casa del Eterno:

Hebreos 3:6: “Pero Cristo como Hijo sobre su casa, la cual casa somos nosotros, si retenemos firme hasta el fin la confianza y el gloriamos en la esperanza.”

Los postes y el dintel de nuestra casa son nuestros corazones. Egipto es la figura del ámbito en el que Satanás reina, de ahí su nombre en el hebreo de la Biblia: *Mitsrayim*, es decir, un *estrecho congestionado*, de la raíz “*meitzar*”, cuyo significado literal es “*estrecheces*”.

Allí los hijos de Israel sufrieron opresión, sin la posibilidad de hacer ni de reflexionar en su propia vida. El miedo al castigo les quitaba toda posibilidad de pensar o actuar de otra forma que no fuera la obligada por sus amos egipcios.

También “*Mitsrayim*” son los límites físicos que nos arrastran al materialismo, que nos esclavizan a los apegos, que nos separan de la Luz.

Por eso es que la libertad es darle al alma la posibilidad de salir y agregar a nuestra existencia la parte espiritual que permite al ser humano elevarse a alturas de mayor dignidad y nobleza. Y es por medio de la *emuná*, es decir, la fe obediente, que la sangre derramada por Jesús limpia nuestros corazones de pecado y nos libera del yugo de Satanás:

Jesús celebró *Pésaj*, la Pascua.

Las referencias de los Evangelios muestran claramente que Jesús celebró la Pascua. En Lucas 2:41-42 se desprende que María y José tenían la costumbre de celebrar la Pascua:

“Iban sus padres todos los años a Jerusalem a la fiesta de la Pascua; y cuando (Jesús) tuvo doce años, subieron a Jerusalem conforme a la costumbre de la fiesta.”

En Juan 2:13-17, cuando se aproxima la Pascua, Jesús encuentra el Templo de Jerusalem contaminado por los comerciantes y los cambistas, y les echa fuera:

“Estaba cerca la Pascua de los judíos, y subió Jesús a Jerusalem, y halló en el templo a los que vendían bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas allí sentados. Y haciendo un azote de

cuerdas, echó fuera del templo a todos, y las ovejas y los bueyes; y esparció las monedas de los cambistas, y volcó las mesas; y dijo a los que vendían palomas: Quitad de aquí esto, y no hagáis de la casa de mi Padre casa de mercado. Entonces se acordaron sus discípulos que está escrito: El celo de tu casa me consume.” (Salmo 69:9).

Por el texto de Marcos 11:15-17, se desprende que al limpiar el atrio de los gentiles, donde estaban los comerciantes y los cambistas, y referirse al Templo como Casa de Oración para todos los pueblos, Jesús estaba considerando dicho atrio como parte integrante del Templo:

“Vinieron, pues, a Jerusalem; y entrando Jesús en el templo, comenzó a echar fuera a los que vendían y compraban en el templo; y volcó las mesas de los cambistas, y las sillas de los que vendían palomas; y no consentía que nadie atravesase el templo llevando utensilio alguno. Y les enseñaba, diciendo: ¿No está escrito: Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones? Mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones.”

Nosotros, como discípulos del Santo Mesías somos templo del Creador Eterno:

1ª Corintios 3:16-17: “¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es.”

2ª Corintios 6:16: “¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, y será su Dios, y ellos serán mi pueblo.” (Levítico 26:11-12; Ezequiel 37:27).

1ª Timoteo 3:14-15: “Esto te escribo, aunque tengo la esperanza de ir pronto a verte, para que si tardo, sepas cómo debes conducirte en la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad.”

1ª Pedro 2:4-5: “Acercándoos a él (Jesucristo), piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo.”

Estando cerca la Pascua, Jesús se revela claramente como el Pan de la Vida:

Juan 6:27, 32-35: “Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece, la cual el Hijo del Hombre os dará; porque a éste señaló Dios el Padre... De cierto, de cierto os digo: No os dio Moisés el pan del cielo, mas mi Padre os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al mundo. Le dijeron: Señor, danos siempre este pan. Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás.”

En el momento de celebrar su última Pascua en la tierra, Jesús relaciona la celebración de *Pésaj* con el día en que beberá el fruto de la vid en la celebración de la cena de bodas del Cordero en los cielos con todos los que vivieron y durmieron en la esperanza mesiánica, así como con los vivos que le obedezcan y le esperen:

Marcos 14:25: “De cierto os digo que no beberé más del fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba nuevo en el reino de Dios.”

Cuando celebramos la Pascua recordamos todas estas cosas, y cuantas el Santo Espíritu pone en nuestro corazón: La redención histórica del pueblo de la esclavitud bajo la garra opresora del imperio faraónico; la redención espiritual de nuestras vidas por el sacrificio pascual de nuestro Señor Jesucristo; la profecía de la redención de las dos casas de Israel al final de los tiempos, cuando todo Israel será salvo:

Romanos 11:25-27, 32: “Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y luego todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sión el Libertador, que apartará de Jacob la impiedad. Y este será mi

pacto con ellos, cuando yo quite sus pecados... Porque Dios sujetó a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos.”

Conclusión:

El Dios Eterno dio sus fiestas solemnes a Israel como parte de su plan de constituir al pueblo hebreo como Luz a todas las demás naciones. La persona, vida, obra, palabra, muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo no anula todo lo anterior, sino que lo cumple y lleva hasta sus consecuencias últimas, con el derramamiento del Espíritu Santo y la Segunda Venida de Cristo Jesús como Mesías Triunfante en el Gran Día de Dios.

De todas esas fiestas solemnes, quizá *Pésaj*, la Pascua, sea la que con más claridad nos hace ver prefiguradamente el sacrificio del Mesías.

Celebrada fuera de la tierra de Israel, en Egipto, nos habla también del alcance del sacrificio pascual para las primicias y también para las ramas injertadas en el olivo cuya raíz es santa.

Éxodo 12:37-38: “Partieron los hijos de Israel de Ramesés a Sucot, como seiscientos mil hombres de a pie, sin contar los niños. También subió con ellos grande multitud de toda clase de gentes, y ovejas, y muchísimo ganado.”

Y siguiendo el consejo del Rabí Shaul, latinizado Paulus, y conocido entre nosotros como Pablo, “no te jactes contra las ramas (desgajadas); y si te jactas, sabe que no sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti... No te ensoberbecas, sino teme... porque Dios es poderoso para volverlos a injertar... Porque si tú fuiste cortado del que por naturaleza es olivo silvestre, y contra naturaleza fuiste injertado en el buen olivo, ¿cuánto más éstos, que son las ramas naturales, serán injertados en su propio olivo?” (Romanos 11:18, 20, 23-24).

El injerto comenzó en la Pascua, cuando también subió con los hijos de Israel grande multitud de toda clase de gentes. Por eso dice la Hagadá de Pésaj (El Relato de la Pascua), que “en toda generación, la persona debe verse a sí mismo como si él también salió de Egipto.”

Recordar simplemente que fuimos esclavos no nos libera. Dios liberó a su pueblo y a los que salieron con ellos para recibir el Decálogo y poder elegir entre el bien y el mal. Del mismo modo, en Cristo Jesús, el Santo Espíritu de Dios graba los Mandamientos Divinos en nuestros corazones.

En el seguimiento del Mesías podemos exclamar que nosotros también salimos de la estrechez de Egipto con los hijos de Israel.

Hemos hecho el recorrido de *Pésaj a Shavuot*, de la *Pascua a Pentecostés*, y por nuestro camino no nos ha faltado la Luz del Mesías.

Quiera Dios, quien tan rico es en misericordia, que esa Luz tampoco falte en nuestro recorrido de la vida, para alumbrar nuestro camino y compartir nuestra Luz con quienes hallemos perdidos, extraviados o heridos en las cunetas; que esa Luz nos permita ver que son nuestros hermanos llamados a ser compañeros de viaje con quienes compartir nuestro zurrón y nuestra manta.

Amén.